

RAFAEL TRUJIZ LOPEZ



Rayito de Sol

LIBRO DE LECTURA PARA 2º GRADO

EDITORES A. KAPELIUSZ & C^{IA}
BUENOS AIRES

\$ 1.10

l A 9
45



00078816

Aprobado por el H. C. Nacional de Educación, Exp. 18465 K 1927. — Edición 1935

29.310

RAFAEL RUIZ LÓPEZ

G. R.
B. N. de

RAYITO DE SOL

LIBRO DE LECTURA
PARA SEGUNDO GRADO

APROBADO POR EL H. CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN
Y POR LOS CONSEJOS DE EDUCACIÓN DE SANTA FE,
CÓRDOBA, CORRIENTES, ETC.

DÉCIMA EDICIÓN

EDITORIAL A. KAPELUSZ & Cía.
BmÉ. MITRE 1242-48 — BUENOS AIRES

1935



Queda hecho el depósito que
marcan las leyes 7092 y 9510.

A los señores Maestros:

Con un saludo cordial, quiero que llegue a las manos de los docentes argentinos este "RAYITO DE SOL", libro de lectura para segundo grado, de que soy autor.

El examen detenido y el análisis comparado y juicioso que de él se haga, fijarán su valor como elemento didáctico.

"RAYITO DE SOL" no es un libro más; es un libro nuevo; va dirigido al corazón y por su intermedio a la inteligencia.

Habitado a comunicarme con los niños, he logrado conservar la sencillez y adquirir un estilo claro y preciso para expresar mis pensamientos y mis impresiones, de modo que mis vivaces y simpáticos lectores puedan entenderme sin tropiezo. En mi ya larga lista de libros procuré siempre educar y conmover suavemente, para que la emoción sentida grabase con el mayor vigor posible el precepto que pretendía inculcar.

En "RAYITO DE SOL" este cuidado ha llegado naturalmente al extremo. He querido que toda la acción del libro se desenvuelva en un ambiente familiar, porque lo primero que hay que afirmar en el niño es el sentimiento de la familia, que lleva en sí el germen del amor a la patria. El hogar debe ser para él como el nido para las avecillas del cielo: refugio seguro, amor y paz.

He puesto todo mi empeño en huir de los asuntos desagradables que puedan dejar una impresión penosa en el ánimo, porque creo que entristecer inmotivadamente el espíritu del niño, es una crueldad innecesaria, que por lo mismo merece las más severas censuras. Así "RAYITO DE SOL", en todas sus páginas, tiende a despertar sentimientos de amor, de dulzura, de justicia, de respeto y de tolerancia, y a producir, al mismo tiempo, gratas

emociones que tengan la virtud de hacer vibrar, sin bruscos sacudimientos, lo que de divino guarda como arca sagrada el corazón de los niños.

"RAYITO DE SOL" es la vida a través de un prisma de fácil manejo, que con colores primarios y en un ambiente de naturalidad, de sencillez y de altura, ofrece los cuadros más comunes en que los niños encuentran las manifestaciones reales de la verdad, y como por una pendiente suave que escalona ascendentemente sus graderías, los lleva a un plano superior, gozosos, tranquilos, felices y sin fatigas.

Sus lecturas son escenas, circunstancias, conversaciones que trasuntan en pocos párrafos, lo que cabe dentro del marco dorado de las aspiraciones y deseos del ser infantil, que va despertando al contacto de la vida.

Acaso "RAYITO DE SOL" ilumine y haga ver claramente el alma de un hombre que ha pensado mucho y que siente un placer infinito en contribuir con todo su corazón y con toda su inteligencia a la gran obra de la formación de la niñez alegre, optimista, buena, candorosa, entusiasta y fuerte de cuerpo y de espíritu, y que en muchas oportunidades se ha visto rodeado de amiguitas y de amiguitos que le pedían como a un abuelo, una palabra, un cuentecito, un consejo, una lección.

En cuanto al método, la ordenación de los asuntos, el alcance de los mismos y a su valor educativo e instructivo, son los maestros quienes han de decidir y fallar en consecuencia.

Si sus juicios guardan relación con las intenciones del autor, éste sentirá la gran satisfacción de haber realizado un esfuerzo útil para aportar un grano de arena a la solución del transcendental y patriótico problema de asegurar por la preparación del niño de hoy, la preponderancia y grandeza del argentino de mañana.

No es otro el afán que ha guiado a vuestro

RAFAEL RUIZ LÓPEZ



RAYITO DE SOL

Felisa ha dormido toda la noche a pierna suelta y acaba de despertarse. La entretiene contemplar plácidamente el rayito de sol que penetra por una de las rendijas de la ventana.

Todas las mañanas, si el cielo está despejado, ocurre lo mismo: el sol brillante, después de llenar de alegría la tierra y de animar el jardín, en el que los pajarillos cantan y revolotean bulliciosos, se introduce por cualquier agujerito y llega centelleante hasta la cama. Parece que dice:

—¡Buenos días, Felisa!

Felisa lo contempla regocijada. Sabe que el sol es un amiguito muy bueno. La madre le

ha dicho muchas veces que sin él no habría flores, ni mariposas ni alegría, y a ella le gustan mucho la alegría, las mariposas y las flores.

Y por eso todas las mañanas, cuando ve penetrar el rayito brillante en su pieza, siente ganas de decirle:

—¡Buenos días, amigo sol!



LA HORA DE LEVANTARSE

Una tras otra ha dado el reloj siete campanadas. Felisa las ha contado bien.

Se incorpora con vivacidad y pregunta con su vocecita simpática:

—Mamá, ¿me visto?

La madre está casi siempre en la pieza inmediata, con el oído atento, mientras repasa ropa o se dedica a otros quehaceres domésticos. Y con su voz, suave como una caricia, contesta:

—Vístete, hija mía.

Lista como una ardilla, Felisa se viste con ligereza y tarda poco en ir al encuentro de la madre.

—Buenos días, mamá. ¿Has dormido bien?

—Admirablemente. ¡Dios te bendiga, hija mía!

Y cambian unos besos rebosantes de ternura y cálidos como un rayito de sol.

Felisa tiene ya ocho años y desea vivamente ayudar a su madre, ser útil. Los quehaceres menos pesados de la casa le corresponden. ¡Y da gusto ver la franca alegría que demuestra en el cumplimiento de sus obligaciones!

Todo lo hace cantando, como si el trabajo fuera una música animadora que invitase a cantar.

Y los cantos de Felisa, claros y sencillos, resultan alegres como un bello amanecer.



EL HOMBRECITO DE LA CASA

En la casa, a más del padre, que es un hombre fuerte, guapo y activo, hay un hombrecito que se llama Javier.

Javier es hermano de Felisa. Ha cumplido seis años y sabe ya revolverlo todo y hacer no sé cuántas cosas; pero no ha aprendido aún a vestirse. Chiquito, vivaracho y mimoso, tiene más picardía que cuerpo.

Javier quiere muchísimo a su madre y le gusta que ésta lo mime. Por eso no se da mucha prisa en procurar valerse por sí solo. Sabe que su mamá le viste muy bien, sin dejar cinta mal atada ni botón desabrochado.

Junto a su madre se siente confiado, prote-

gido y feliz. Esta es la causa de que se haga el perezoso y le grite no bien despierta:

—Mamá, ¿me vistes?

La madre acude presurosa y experimenta gran alegría al verle cariñoso, sano y risueño. Y se siente feliz cuando Javier le pasa suavemente las manos por la cara y le dice:

—¡Ay, mamá, qué linda eres y qué bien se está contigo!

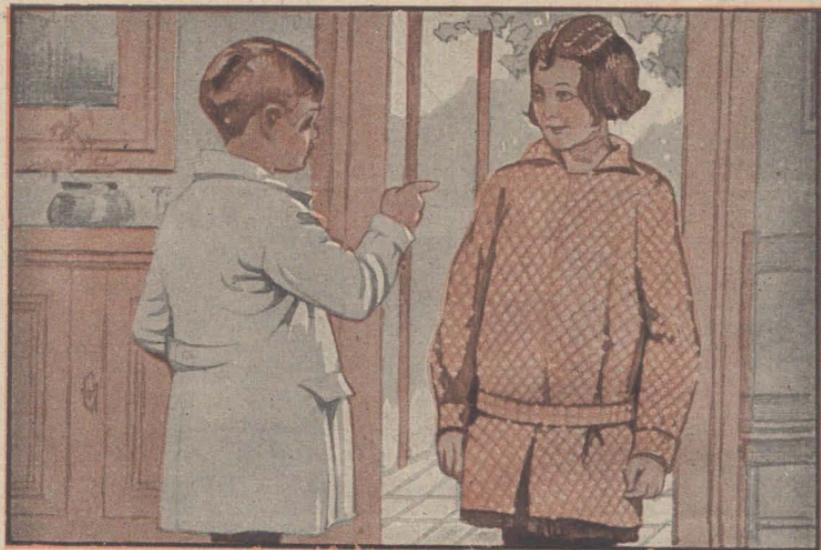


MADRE Y MAMÁ

Dos palabras armoniosas
que vienen a recordar
emociones deliciosas,
momentos de bienestar
y caricias amorosas.

Palabras que hablan de amor,
que consuelan el dolor
y nos sirven de sostén,
y que suenan siempre bien
cual la música mejor.

¡Madre mía! ¡Mamá mía!
Palabras que el tierno niño
pronuncia con alegría
y con el santo cariño
que lleno de fe confía.



LOS PROPÓSITOS DE JAVIER

Felisa y Javier cuestionan a diario.

—Eres un dormilón — le dice Felisa.

—La dormilona eres tú; que yo me desperté primero.

—Sí; pero yo me levanté antes.

—¡Qué gracia! Porque mamá no vino a vestirme en seguida.

—No; porque eres perezoso. Yo no digo más que, ¡mamá! ¿me visto? y tú tienes que decir: ¡mamá! ¿me vistes?

Javier, que no tiene pelo de tonto, comprende. Y ligeramente avergonzado, quiere salir del paso diciendo:

—Bueno, sí; pero ahora no estábamos hablando de eso.

Y a diario hace propósito de aprender a abotonarse y a no ponerse las medias del revés.

Y dice a Felisa:

—Ya verás, ya verás cómo pronto me levantaré antes que tú.



EL JEFE DE LA FAMILIA

El padre de Felisa y Javier es bondadoso, risueño y activo. Todos los días, muy de mañana, sale de su casa para ir al trabajo.

La madre, que se levanta con el alba, le sirve el desayuno y le acompaña cariñosa hasta la puerta. Allí cambian un beso de despedida, y la madre le recomienda, poco más o menos, la misma cosa:

—¡Cúidate mucho! ¡Por nuestros ángeles!

Estos ángeles son Felisa y Javier que, a tal hora, duermen tranquilamente.

Cuando el padre ha desaparecido, la madre cierra suavemente la puerta, sin ruido, para no interrumpir el sueño de sus dos hijos.

El hombre se va orgulloso y alegre a trabajar, porque conoce la dulce responsabilidad que sobre él pesa y no ignora que de su trabajo sale el pan de las personas a quienes ama, los vestidos que abrigan sus cuerpos, el tranquilo hogar en que viven.

Y como no lleva otro pensamiento que su esposa y sus hijos, todo quehacer le parece suave y todas las fatigas resultan para él descanso de su conciencia y alegría de su alma.



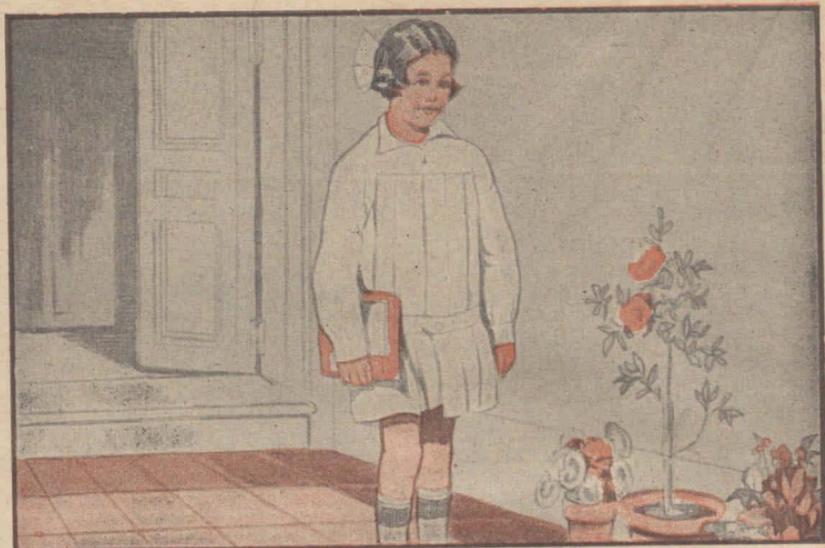
CANCIÓN AL SOL

Ven a verme, sol brillante,
ven en mi ayuda, sol mío;
sin ti, por la tierra errante,
voy cual pobre caminante
cansado y yerto de frío.

Quien anda de fuerza escaso,
desde el alba hasta el ocaso
necesita tu calor,
tu luz que anima su paso
y tu alegre resplandor.

Por ti, mi sol esplendente,
hay en el cielo colores,
y germina la simiente
y hay por ti mil bellas flores
que perfuman el ambiente.

Sol, escucha mi canción:
Sé como una bendición
que traiga todos los días
a mi tierno corazón,
esperanzas y alegrías.



PRIMER DÍA DE CLASE

Felisa está hoy alegre y se siente muy dichosa, porque principia el curso. La Escuela resulta para ella como un sueño dorado.

No sólo quiere aprender, sino aumentar el número de sus amiguitas; porque, al fin y al cabo, Felisa sabe que no puede prescindirse de la vida en sociedad.

En medio de su contento, experimenta un vago temor: ¿Podrá estar tantas horas lejos de su mamá? ¿No echará de menos al vivaracho Javier? Porque, aunque cuestionan con mucha frecuencia, Felisa no sabe vivir sin Javier ni Javier sin Felisa. ¡Están tan unidos los dos hermanos! ¡Se quieren tanto...!

Como al que madruga Dios le ayuda, Felisa puede tener la certeza de que Dios va a ayudarla; porque ha madrugado más que de costumbre. Mucho antes de que amaneciera estaba despierta ya. Ni el más leve ruido turbaba el silencio. El padre y la madre dormían aún.

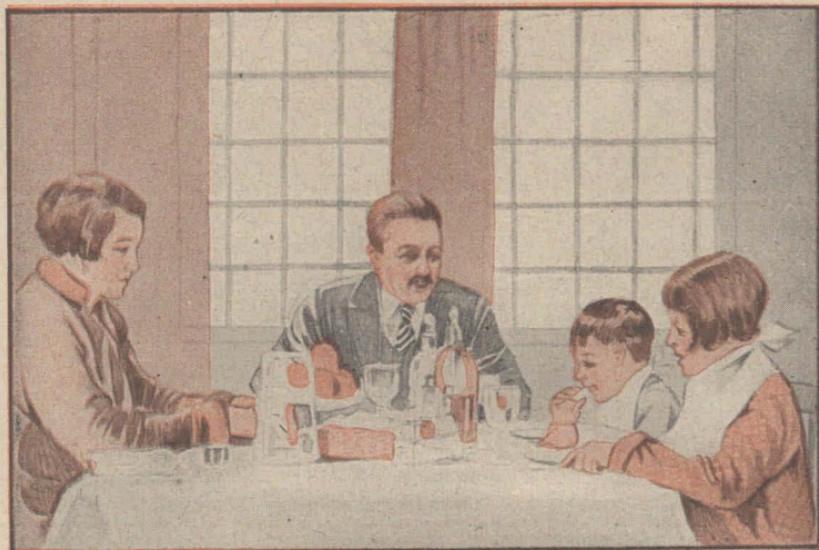
Felisa ha creído conveniente prescindir de su pregunta diaria. En lugar de decir: "Mamá, ¿me visto?", se ha vestido resueltamente; porque, con las clases, comienza para ella más pronto la jornada.

Y luego debe manifestarse más útil y más capaz. Tiene que demostrar que puede valerse por sí sola.

Como que cursará nada menos que segundo grado. ¡Segundo grado! ¡no es broma!

También Javier empezará a ir a la escuela: a primer grado inferior.

Y Felisa piensa que este año será también un poco maestra: maestra de Javier, a quien explicará lo que sabe y lo que le enseñen, para que pueda ir adelantando.



LA HORA DE LA COMIDA

A la hora de comer, todo preparado, la mamá, Felisa y Javier esperan.

Pero no tendrán mucho que esperar, porque el padre es puntual como un reloj y jamás se retarda.

¡Y hay que ver la alegría que se pinta en las caras y el regocijo con que latén los corazones cuando el padre llega!

Los niños corren a su encuentro, con los brazos abiertos como si fueran alas, gritando:

—¡Papá! ¡Papá! ¡Papá!

El los besa amorosamente; toma en sus brazos a Javier y sigue a Felisa que entra en la casa clamando:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Ya está aquí papá!

Con pocas variantes, todos los días se desarrolla la misma escena, rebosante de ternura.

Mientras comen satisfechos se dan cuenta de los sucesos acaecidos:

—¡Papá! ¡Papá! — dice Felisa. — ¿No sabes? Esta mañana preguntó Javier al despertar: Mamá, ¿me visto?

—Sí que es una gran novedad — dice el padre sonriente.

—¡Y se vistió! Y sólo se puso una media del revés.

—Sí, pero me la puse queriendo — se disculpa Javier.

—¡Claro! — afirma la mamá. — Se la puso queriendo. ¡Como que él es ya un hombre!

Y ríen felices, encontrando la comida muy sabrosa, mientras la madre pide a Dios que conserve aquella dulce paz en que viven.



HORAS PLÁCIDAS

Felisa no pierde su tiempo en jugar, porque es muy prolija para hacer sus deberes y le satisface mucho ser útil y ayudar a su madre en cuanto le es posible.

Tiene, sin embargo, una muñeca primorosa y grande a quien ella va educando a su modo.

La muñeca que es muy obediente, no hace cosa mal hecha. Cuando Felisa tira disimuladamente de una cuerdecita que va oculta bajo los vestidos, la muñeca clama:

—¡Ma...má! ¡Pa...pá!

Y, aunque sabe hablar como veis, nunca dice palabras feas ni mal sonantes. Es tan bien

educada que no grita nunca ni gritaría aunque se le cayese el mundo encima.

Felisa, para premiar la bondad de su muñeca, le narra cuentos, le hace mimos y, a la caída de la tarde, la toma en sus brazos y meciéndola canta:

A dormir van las rosas
de los rosales;
a dormir va mi niña,
porque ya es tarde.

Nanita, nana:
¡Duerme ya, lucerito
de la mañana!

Y en esa hora plácida, Felisa, con su grave seriedad, está más linda que nunca; porque parece una madrecita y no hay nada más hermoso ni más santo que una madre, ¿verdad?



LA CALUMNIA

Puede una gota de lodo
sobre un diamante caer;
puede también de ese modo
su fulgor oscurecer.

Pero, aunque el diamante todo
se encuentre de fango lleno,
el valor que lo hace bueno
no perderá ni un instante,
y ha de ser siempre diamante
por más que lo manche el cieno.

Rubén Darío.



LA GLOTONERÍA DE JAVIER

Ayer no pudo levantarse Javier; le dolía el estómago y el vientre.

La madre estuvo asustadísima hasta que logró saber la causa de la indisposición: Javier, glotón y ansioso, se había comido toda una bandeja de masitas, que le regaló una señora de la vecindad.

La primera intención del niño fué la de entregar las masitas a la madre, para que las repartiera entre él y Felisa, guardara algunas para el papá y comiera ella también.

Pero... de buenos propósitos está lleno el mundo. A Javier se le ocurrió probarlas.

¡Qué deliciosas, qué dulces, qué riquísimas le parecieron!

Después de engullirse la primera, dió un mordisco a la segunda, diciéndose:

—Esta debe ser mejor.

La tercera se le entraba por los ojos por la figura; la cuarta por lo chiquitita; la quinta, porque estaba bañada de merengue, la sexta...

Pero señor, ¡qué riquísimas eran todas!

En un abrir y cerrar de ojos no quedó de las masitas más que la bandeja.

Y al otro día vino el gemir y el dolerse. Y el tener que tragarse, quieras que no, entre llantos y suspiros, una buena ración de aceite de castor, que está muy lejos de ser tan dulce como las masitas.

¡Y pensar que las masitas, bien repartidas, no le habrían hecho daño a nadie!



LA CEBOLLA Y EL NABO

Felisa, que es más buena que el pan, no guarda rencor a Javier por haber comido todas las masitas.

Por eso se pasó el día junto a la cama de su hermano.

Y le dió a conocer el siguiente cuentecillo que el día anterior había narrado la señorita maestra:

—Había llegado el invierno. Un invierno, crudo, tan crudo que se helaban los pájaros.

El nabo, pobrecito, como estaba desnudo, padecía extraordinariamente por el frío.

Encogido y tiritando suplicó a la cebolla:

—Hermana mía, préstame, por caridad, una

de tus telitas para que me defienda de la helada.

La cebolla que se encontraba muy cómoda y tranquila, arrebujaada en sus envolturas, no quiso quitarse ninguna y repuso:

—Ahora estoy muy bien y no quiero moverme, amigo nabo. Pero mañana, cuando salga el sol, te prestaré el servicio que me pides.

—¡Oh, gran egoísta! ¿Acaso crees que el mañana es nuestro? El que aguarda a hacer el bien mañana puede no realizarlo nunca.

El nabo tenía razón. Porque a la mañana siguiente, antes de salir el sol, llegó el cocinero, partió la cebolla en rodajitas, y sin más la puso a freir.



EL TRAJE DE ARLEQUÍN

Al llegar Carnaval se presentó un Arlequín delante de la puerta y por largo rato hizo las delicias de Felisa y Javier.

Cuando se fué, los niños no se cansaban de hacer preguntas y por fin la madre les explicó:

Lo que más os ha llamado la atención es el traje de Arlequín, hecho de pedacitos y con tantos colores como pedazos.

Antes de ser el tiritero que habéis visto, Arlequín fué un chicuelo como vosotros; pero tan pobre, tan pobre, que no tenía siquiera un trajecito para cubrirse.

Arlequín tenía muchos amigos que le amaban con toda el alma; pero también pobres co-

mo él, por lo que determinaron que cada uno le diera un pedacito de la tela de su vestido para que se vistiese.

Era la madre de Arlequín una buena señora que sabía ingeniárselas y aunque cada pedacito de tela de los que habían dado a su hijo era de distinto color, los unió con maestría, y así pudo vestir al muchacho aunque resultó el traje de múltiples colores.

Ahora Arlequín se dedica a hacer reír a los niños en el circo con sus gestos y con sus cuentos graciosos.

Y hasta su traje es alegre, porque es hijo de una buena acción.



HORAS FAMILIARES

—Mamá — dice Javier: — he visto esta noche una infinidad de cosas rarísimas, pero que parecían verdad.

—Cuéntame.

—Pues verás, Felisa era la más menudita de la casa, y todavía no se tenía en pie.

—Entonces serías mucho más chiquito.

—Al contrario; casi tan alto como un hombre. Figúrate que tenía reloj y todo.

—Y estarías muy guapo...

—Y trabajaba todos los días como papá.

—¿Cuál era tu trabajo?

—Fijamente no lo sé; pero salía por las mañanas muy temprano para ganar dinero. To-

das las noches te traía regalitos. ¡Qué cosas tan buenas, mamá! Duraznos grandes y muy jugosos, uvas dulcísimas, y bombones de chocolate.

—¡Qué bien!

—También te traía vestidos, vestidos primorosos, mamá. Luego llevaba a Felisa en brazos. Ella alzaba sus manos, chiquitas y regordetas y quería alcanzar la luna y las estrellas. ¡Cuánto trabajo me costaba convencerla de que estaban muy altas y no se podían tocar!

Después de un momento de reflexión pregunta Javier:

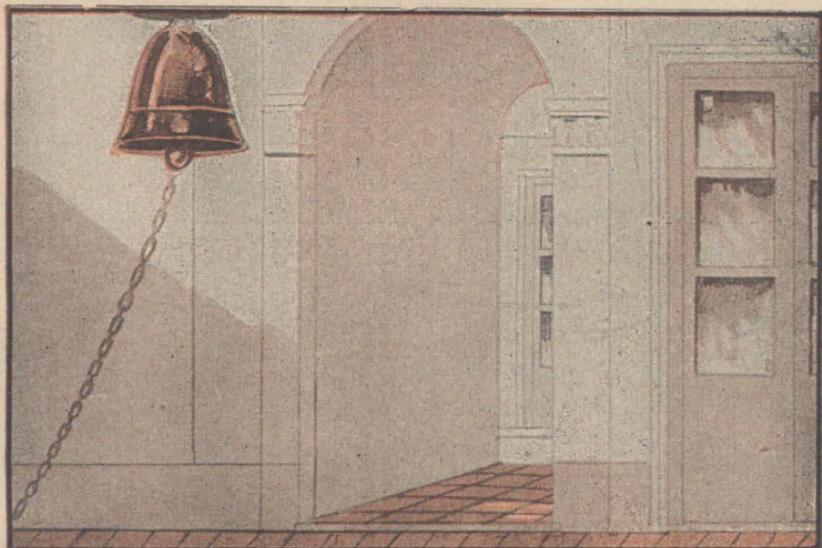
—¿Cómo habrá sido eso, mamá? Veía las personas y las cosas como si fueran verdad.

—Es que has soñado, hijo mío.

—¡Qué lástima! ¡Tan bonito como era el reloj!... y los duraznos tan jugosos, y tan bien como te sentaban los vestidos que te traía...

—¡Bah! No hay que hacer mucho caso de los sueños, Javier.

—Bueno; pero cuando sea hombre, traeré esas cosas y muchas más. Y hasta haré una escalerita para poder alcanzarle a Felisa la luna y las estrellas.



LA CAMPANITA DE MI ESCUELA

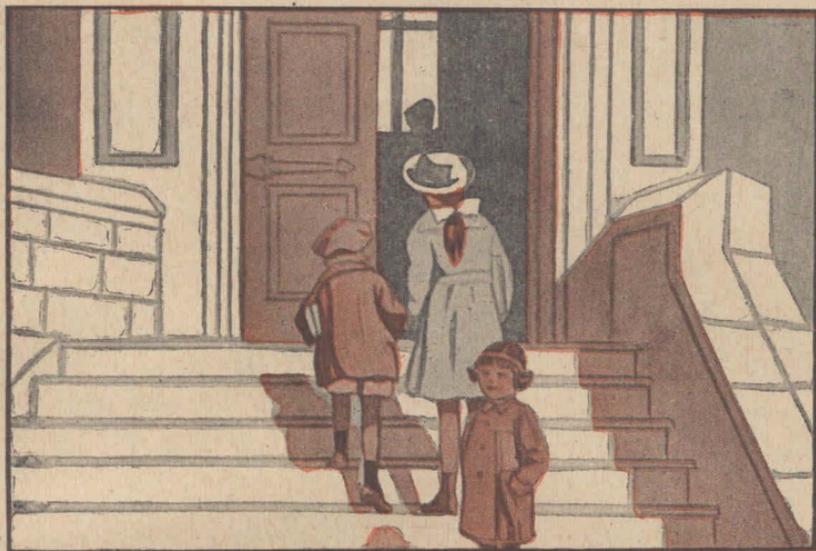
La campanita de mi escuela
llena de júbilo sonaba,
sobreponiéndose a los gritos
de la despierta muchachada.

La campanita de mi escuela,
más que sonar, siempre cantaba,
llenando el pecho de alegría
y de divina paz el alma.

La campanita de mi escuela
es como dulce voz humana
que, en vibraciones armoniosas,
ya dice: ¡Juega!, ya ¡Trabaja!

Su voz serena, en los recreos,
dice, oportuna siempre: — ¡Basta!
También alegre llega a clase
para decir: — ¡Juega y descansa!

¡Oh, campanita de mi escuela
siempre divina y siempre sabia:
Llenas el pecho de alegría
y de divina paz el alma!



EL OTOÑO

El año tiene cuatro estaciones: Primavera, verano, otoño e invierno.

Nosotros, como escolares, las vamos a enumerar en otro orden: Otoño, invierno, primavera y verano.

El otoño en primer lugar, porque en esta estación la Escuela abre sus puertas y nosotros animamos las clases y los recreos.

En la Escuela vamos aprendiendo a estudiar y a ser ordenados y prolijos.

Debemos prestar mucha atención a las explicaciones de maestras y maestros, que nos enseñan a hablar de modo que puedan entendernos en todas partes, a amar a la patria, que

debe ser para todos sagrada, y a ser ciudadanos dignos de ella.

En otoño los hombres van cultivando la tierra, para que después rinda grandes cosechas. Los maestros, en tanto, preparan nuestras inteligencias, y abren nuestros ojos a la verdad, para que no vayamos luego a ciegas por el mundo.

Las hojas de los árboles pierden su fresco verdor, se vuelven doradas, y los vientos las van haciendo caer, arrastrándolas por los caminos.

También las hojas de los libros, aunque parezcan blancas y negras, son doradas, mejor dicho, de oro del mayor valor.

Y debemos aprenderlas bien y no consentir que los vientos de la desaplicación nos las arrebatén.



EL BARRILETE QUE QUISO SER LIBRE

Entre el abuelito, Felisa y Javier, confeccionaron un barrilete con gran prolijidad, con papel de colores, unas cañitas que el abuelo dispuso convenientemente, y el hilo necesario.

• Cuando el barrilete tuvo sus tirantes y su gran cola, salieron todos a campo raso para lanzarlo al aire.

Javier corría, desenvolviendo el ovillo de cuerda que llevaba en la mano. El barrilete después de algunos cabeceos tomó aire, se elevó poco a poco y subió tanto que apenas se veía.

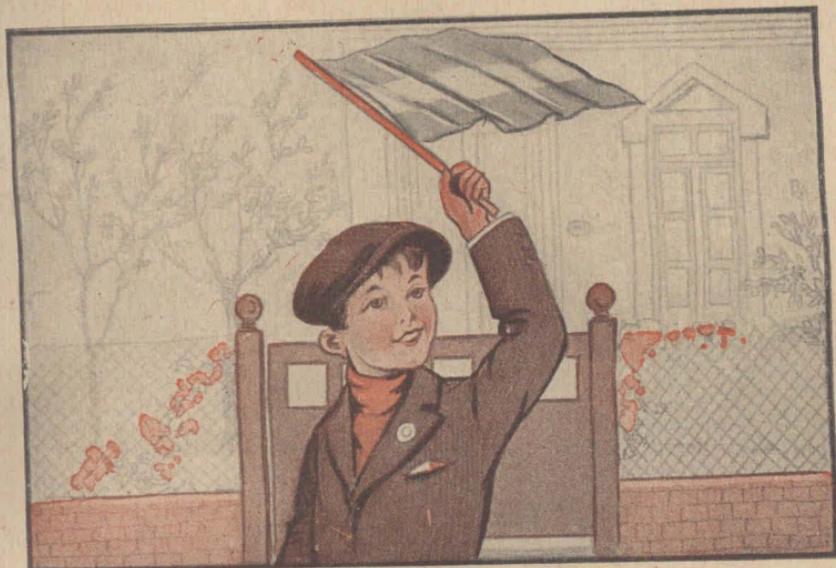
El barrilete, en pleno aire, cabeceaba graciosamente y tiraba fuertemente de la cuerda.

Dijérase que el muy loco intentaba librarse de aquel hilo conductor que, aunque parecía aprisionarle, era precisamente el que lo sostenía, lo dirigía y lo guiaba.

A fuerza de tirar para verse libre, logró romper la cuerda y entonces empezó a dar vueltas sobre sí mismo, como asustado, se encogió sobre la cola y cayó destrozándose al chocar contra el suelo.

El abuelo aprovechó el suceso para decirles a Felisa y Javier:

—Esto es lo que suele ocurrir a los que desdennan la disciplina y la dirección de aquellos que los aman, los dirigen y los guían para su mayor bien.



LA BANDERA DE MI PATRIA

Va gallarda la bandera,
la bandera azul y blanca,
iluminando las calles
e iluminando las almas;
que es como potente luz
la bandera de mi patria.

Los corazones se encienden
y son purísima llama;
de los labios fervorosos
sale una ardiente plegaria
cuando los ojos contemplan
la bandera de mi patria.

Fuertes, piadosos, magníficos,
en las gloriosas jornadas,
los hombres fueron heroicos,
fuertes y dignas las damas,
siguiendo con entusiasmo
la bandera de mi patria.

Y la libertad de un mundo
fué la conquista sagrada
de aquellos que, generosos,
rindiendo el cuerpo y el alma,
supieron llenar de gloria
la bandera de mi patria.

¡Sol alegre y refulgente,
la bandera azul y blanca!
¡Sol que alumbra libertades!
¡Sol que ilumina y encanta!
¡Bendita, bendita sea
la bandera de mi patria!



EL 25 DE MAYO

La gran ciudad, embanderada, presenta el aspecto de las grandes solemnidades. La alegría móvil de las banderas, que parecen alejarse al viento, penetra por los ojos desde lejos y regocija las almas.

También la escuela se ha engalanado y maestros y niños ostentan en sus pechos la bella escarapela con los colores nacionales.

Es que hace muchos años
en este mismo día,
nuestros padres lucharon
con valor sin igual,
por darnos esta Patria,

que es hija de la Gloria,
y libre como el aire
que susurrando va.

¡25 de Mayo! Sin banderas, sin escarapelas, sin adornos, resultaría también ésta una fiesta brillante, porque nuestros corazones pertenecen por entero a la patria.

Si hermoseamos la ciudad y adornamos la escuela, es para glorificarla y hacer partícipes del júbilo que nos embarga, a los que con nosotros conviven y contribuyen a su prosperidad y engrandecimiento.

Despleguemos nuestra bandera azul y blanca cuyos colores alegran los ojos y hacen palpitarse los corazones, y recordando a los gloriosos hombres de la Revolución de Mayo, cantemos:

¡Oid, mortales, el grito sagrado,
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!...



MÉRITOS REALES

Algunas compañeras de Felisa se burlaron un día de un muchacho porque llevaba algunos remiendos en su traje.

La señorita maestra se enteró y no perdió la oportunidad que se le presentaba para hacerles comprender la mala acción cometida.

—Hicieron muy mal en burlarse de ese niño — les dijo — porque lleva el pantalón remendado. No olviden que la bondad y el mérito de las personas no dependen, por fortuna, de la riqueza de la ropa.

Un día puede ocurrir que ese muchacho tenga un traje nuevo y el vuestro sea viejo.

Pero por esa circunstancia ni él será más bueno ni vosotras más malas.

Toda la riqueza de un traje no tendría ni virtud ni valor para modificar las cualidades de un individuo. Pensad siempre en la verdad que encierra aquel refrán que dice: "Aunque la mona se vista de seda, mona se queda".

Aprended a estimar las personas y las cosas por lo que valen y no por lo que aparentan valer.



EL REGALO

Ocultar queriendo en vano
el dolor que la devora,
marcha una bella señora
con un niño de la mano.
Y muestra en el triste luto
de su severo vestido
que algún otro ser querido
pagó a la muerte tributo.
Grave va el niño y tranquilo
mientras otros van jugando
un azul globo llevando
sujeto de sutil hilo.
—¡Mamá! de pronto exclamó:
¿por qué lloras sin consuelo?

¿No dices que está en el cielo
la niña que se murió?

—¡Ah, sí! El Señor compasivo
la llevó pronto a su lado.

El niño quedó callado,
pero siguió pensativo.

Y, tras un momento breve,
cortó el hilo, y, sin dudar,
el globo dejó volar
a impulso del viento leve.

—¿Qué hiciste?

y el muchachuelo
a decir se precipita:

—Mandárselo a mi hermanita
para que juegue en el cielo.



EL RACIMO DE UVAS

El verdulero regaló una mañana a su mejor cliente un hermoso racimo de uvas.

Para la buena mujer, las uvas eran la fruta preferida, y aquellas, por el aspecto, debían estar riquísimas. Pero no las probó siquiera, porque le vino a la memoria que a su hija le gustaban extraordinariamente. Así, cuando la joven volvió a la casa se encontró con la agradable sorpresa del regalo que le hacía su madre.

Pero la hija no las comió tampoco. Recordó que su hermano sentía delirio por las uvas, y como era muy bueno y trabajador, las guardó para obsequiarle con ellas a su llegada.

Llegó éste, y al recibir el racimo con gran alegría, dijo a la hermana:

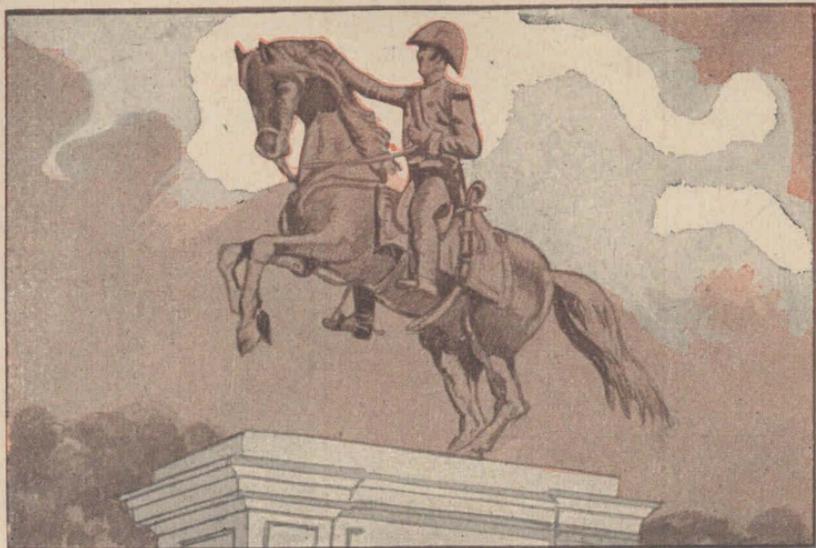
—Te lo agradezco de todo corazón; pero papá está trabajando en la quinta desde esta mañana y como hace tanto calor, tendrá sed y las uvas le sabrán a gloria. Voy a llevarselas.

Llegó el joven muy ufano con el hermoso racimo. El padre lo aceptó sonriente, diciéndole:

—¡Dios te pague el recuerdo y la buena acción! Vuelve a casa y dile a mamá que voy en seguida a comer.

El hombre, aunque tenía sed, no comió ni un grano, porque se acordó de la predilección que sentía su mujer por las uvas.

Así llegó a su casa con el racimo en la mano y se lo regaló a su compañera que, muy agradecida y alegre, decidió repartirlo entre todos.



FLORES DE NUESTRA HISTORIA

La historia argentina está llena de hechos sencillos y gloriosos que ponen de manifiesto el desinterés y el desprendimiento de nuestros grandes hombres.

Don José de San Martín, después de su triunfo en Chacabuco, se dispuso a trasladarse a Buenos Aires obligado por asuntos que se relacionaban con la continuación de la campaña emancipadora.

Momentos antes de partir acompañado de su asistente, apenas con el dinero indispensable, ya a caballo, recibió un oficio del ilustre Cabildo de Santiago, en el que se le comunicaba respetuosamente que aquella corporación

ponía a su disposición diez mil pesos en onzas de oro para los gastos de viaje.

San Martín dió una respuesta breve y anunció que contestaría más despacio a su llegada a Mendoza.

Y desde aquella pintoresca ciudad argentina, dirigióse al Cabildo de Santiago rogándole que emplease los diez mil pesos en la fundación de una Biblioteca nacional y, entre otras cosas decía:

“La ilustración y el fomento de las letras es la llave maestra que abre las puertas de la abundancia y hace felices a los pueblos”.

Así pensaba el general San Martín.

Y esa suma sirvió de base para la fundación de la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile.



EL CUIDADO DE LOS OJOS

Felisa y Javier acaban de salir de clase y en la esquina encuentran a un pobre hombre que tanea con un palo.

—¡Pobrecito! — dice Felisa. — Ese hombre es ciego.

—Voy a ayudarle a cruzar la calle; no vaya a atropellarle algún auto — dice Javier.

—Harás bien, hermano, y yo te acompañaré. No debemos dejar de prestar nuestra ayuda al que la necesite.

El hombre tiene para los niños palabras conmovedoras de agradecimiento.

—Dios os conserve, hijos míos — les dice —, los ojos que os permiten ver todo lo que os

rodea, hombres, animales, casas, árboles y jardines.

—Yo también — continúa — podía ver el cielo azul y por la noche las brillantes estrellas. Hoy vivo en la oscuridad.

—Cuidad mucho vuestros ojos, para que podáis siempre disfrutar de sus grandes beneficios. Es una gran desgracia no ver.

Así les habló el pobre ciego, resignado, porque en su ceguera no le había faltado nunca la tierna mano de un niño que le guiase.



EL DEBER DE AYUDAR

La madre es buena, excelente, hacendosísima. Lleva a cabo todas las tareas de la casa sin demostrar cansancio, sin quejarse y sin pedir ayuda.

Pero Felisa ha llegado a comprender que no es justo que su mamá lo haga todo, cuando ella puede evitarlo.

Así, no bien llega de la escuela, le dice a su hermanito:

—Pongamos la mesa, Javier, para evitarle a mamá ese trabajo.

Y entre los dos extienden el blanco mantel, llevan los platos y los cubiertos y lo preparan todo: aquí el pan, allí la jarra de agua, las

cucharas, los tenedores y los cuchillos en el lugar correspondiente.

—¿Para qué habrán inventado los tenedores? — pregunta Javier.

—Pues para que comamos como la gente.

—A mí me gusta comer muchas cosas sin tenedor.

—A los monos también — afirma Felisa. — Cuando tengas más juicio y seas más aseado, comprenderás que no deben mancharse las manos para comer. ¡Mira que decir que se come mejor a dedo como los cuadrumanos!

Felisa trae los platos.

—¡Javier! ¡Javier! No toques las copas; vas a romperlas.

—¿Te crees que soy todavía un niño chico?

—No; pero no las toques por si acaso.

La madre queda sorprendida al entrar en el comedor y exclama:

—¡Qué bien! ¡Qué bien! ¡Qué niña tan hacendosa tengo!

Javier, un poco confundido dice:

—¿Y del niño? ¿No dices nada de tu niño? pues te advierto mamá, que si no es por mí...



A LA ESCUELA

Escuela en que la niñez
busca lauro y busca palma,
con la inocencia en el alma
y la tersura en la tez.

El ser que empieza a existir
y al pensamiento despierta,
está llamando a tu puerta
con voces de porvenir.

Abrela de par en par,
y al que por ella se lanza,
dale aliento de esperanza
y hazle sentir y pensar.

Y de este modo darás
a la humanidad, hermanos,
a la patria, ciudadanos,
a sus glorias, muchas más.

José Echegaray.



UNA FÁBULA OPORTUNA

Por no haber hecho los deberes, Javier no tenía muchas ganas de ir a la escuela. Durante el desayuno se manifestó alegre porque su salud era envidiable; pero al ir acercándose la hora y oír a la mamá que le decía:

—Vamos, Javier, que se te hace tarde — se puso muy serio y fingió torpemente que no se encontraba bien.

La mamá se alarmó no poco; pero el papá que es hombre sereno y listo adivinó y dijo:

—Por lo que convenga voy a referirte la fábula del pastorcillo y el lobo. Este pastorcillo guardaba su rebaño que solía pacer en

unos prados cercanos al pueblo. Un día se le ocurrió empezar a gritar:

—¡Socorro! ¡Favor! ¡Que viene el lobo!

A sus angustiadas voces acudieron presurosos los pastores. Pero al llegar vieron que el chico se reía de ellos celebrando haberlos podido engañar.

Muchas veces repitió el pastorcillo esta broma, hasta que una vez el lobo vino de verdad. ¡Y qué lobo! grandote, terrible, capaz de acabar en un momento con todo el rebaño.

El pastorcillo pálido, tembloroso, se desgañitaba pidiendo socorro; pero sus voces desesperadas se perdían en el vacío.

El lobo, entretanto, seguía matando las ovejas a sus anchas.

Y has de saber, Javier, que nadie hizo caso de las voces del pastorcillo, aunque todos las oyeron; porque al mentiroso no le cree nadie, aunque diga la verdad.

Javier comprendió la lección que el padre acababa de darle y prometió no volver a decir que estaba enfermo cuando se encontrara sano.



LA ALEGRÍA DE LA CANCIÓN

Dice un refrán que el que canta, su mal espanta, y es verdad. El canto tiene la virtud de llenar el corazón de emociones suaves.

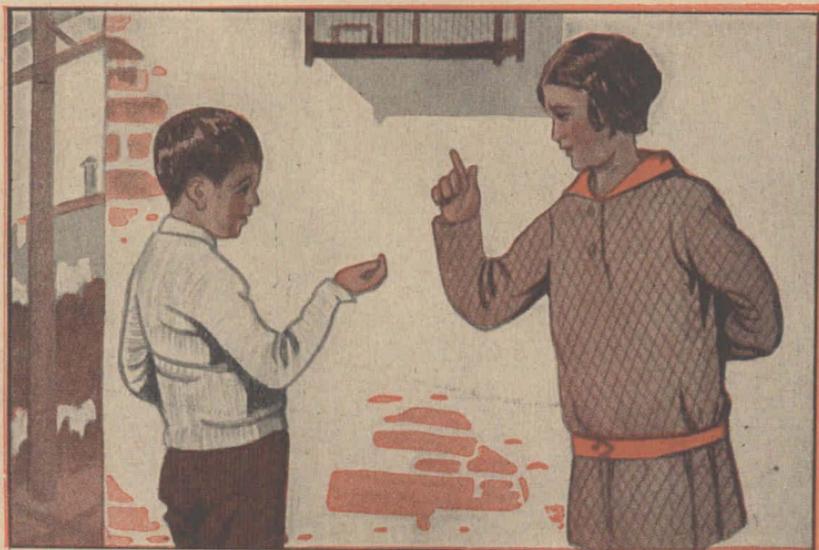
Los niños que viven en el campo aprendieron sin duda de los pajaritos la importancia que tienen en nuestra vida las canciones.

Cuando les sorprende la noche, van cantando mientras caminan, para ahuyentar sus zozobras. Cantan los niños, porque al oír su propia voz acaban por creer que no van solos, que les acompaña algo divino, capaz de protegerles.

El canto del niño lleva en sí también otra alegría. Llega, desde lejos, a los oídos de la madre que le espera y se regocija, porque, al oír su canción, sospecha que va contento.

Los juegos y los trabajos adquieren más animación cuando se canta al realizarlos.

Debemos cantar todos, como los pájaros, como los niños, para llenar el mundo de animadora alegría.



LOS DEBERES ANTE TODO

—Oye, Felisa: hoy no puedo ayudarte a poner la mesa ni a nada; porque todavía me falta un deber.

—¿A esta hora? ¿Y en qué has empleado toda la mañana?

—Tuve que ir al almacén por fideos y azúcar.

—Pero eso es cuestión de cinco minutos.

—No, no; que me detuve en la calle, porque había chocado un automóvil con un carro.

—Y te estarías allí las horas muertas, mirando como miran los bobos.

—Luego tuve que contar mis bolitas, porque creí que me faltaba una.

—Y te pondrías a jugar sin pensar en los deberes.

—Sí, pero no jugué más que un ratito así — afirma Javier, señalando con el pulgar y el índice un poquitito.

—Eso está muy mal hecho, Javier.

—Pero si te digo que no jugué más que un rato muy corto.

—Aunque así fuera. Primero hay que hacer los deberes con mucha prolijidad para que salgan muy bien. Dejándolos para última hora pueden resultar un mamarracho por la prisa.

—Bueno; pero ahora me ayudarás tú, ¿no?

—Te ayudaré, aun cuando no debiera. Por tu haraganería, más que ayuda mereces una penitencia. No olvides que cuando se cumple primero con los deberes se puede jugar más tranquilo y con más alegría.



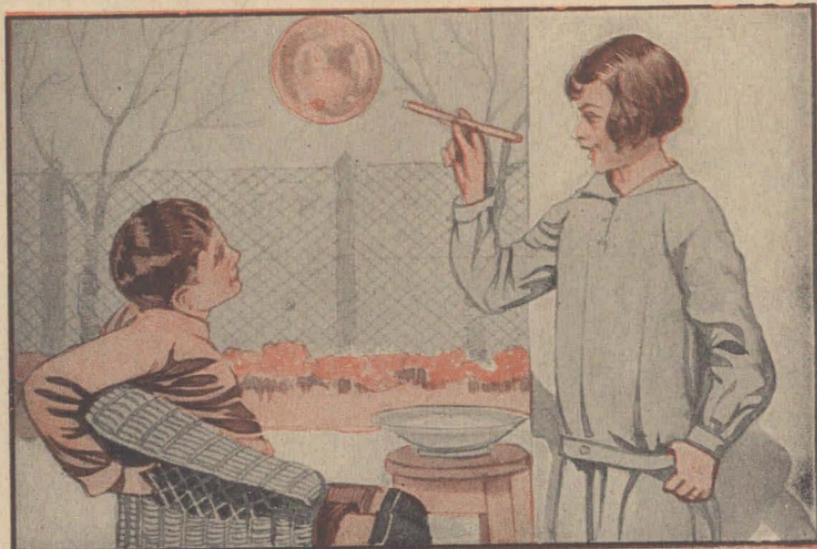
ORACIÓN A LA PATRIA

Yo debo adorarte, patria, porque me acogiste bondadosa en la hora feliz de mi nacimiento.

Yo debo honrarte, patria, porque, al inscribirme en tus libros, me diste amor, protección, amparo, honra, libertades y maestros.

Yo debo venerarte, patria, porque has sido la creadora de esta Escuela alegre, donde mi espíritu se nutre de santas doctrinas y se prepara para una vida de perfección.

¡Maestro amable! Háblame de la patria con suaves y clarísimas palabras; dame a conocer las virtudes y el valor de los que supieron sacrificarse por ella, porque yo quiero amarla, ardorosamente, honrarla con mis acciones y engrandecerla con mi trabajo.



POMPITAS DE JABÓN

Felisa y Javier suelen entretenerse con cualquier cosita.

Hoy han pasado gran parte de la tarde haciendo pompitas de jabón.

Por la mañana vió Javier a un niño de la vecindad que las hacía y le parecieron primorosas, muy primorosas.

Y empezó a decir a su mamá:

—Yo quiero hacer pompas, como aquel niño.

Felisa, más práctica, preguntó:

—¿Cómo se hacen pompas de jabón, mamá?

—Muy sencillamente. Verás.

Y con el propósito de que aprendieran, en

presencia de ellos, cortó en pedacitos un trozo de jabón.

Después los echó en una taza con agua y los disolvió bien. Y cuando el agua, gracias a la mezcla de los pedacitos de jabón, quedó convertida en espuma, introdujo en ella un tubo delgado que hizo de papel, y, sacándolo, sopló suavemente.

Apareció en el extremo una pompita de jabón que pronto fué un globito irisado y transparente. y acabó por desprenderse del tubo de papel quedando en el aire.

Las manos impacientes de Felisa quisieron alcanzarlo y el globito se desvaneció.

¡Oh! Es muy fácil hacer pompas de jabón; pero tienen tan poca consistencia que se deshacen con más facilidad todavía.



INVIERNO

El cielo opaco y sombrío,
la campaña cenicienta,
el sol apenas calienta
y hace daño el viento frío.

Causa tristeza mirar
los árboles deshojados,
los nidos abandonados,
y las aves sin cantar.

La luz del amanecer
halla la tierra escarchada,
y por la montaña helada
deja el agua de correr.

Mas no te aflijas y espera,
pues, mitigando dolores,
vendrá cargada de flores
la divina primavera.



MANUEL BELGRANO Y NUESTRA BANDERA

Manuel Belgrano creó nuestra gloriosa bandera eligiendo el alegre azul del cielo y el blanco inmaculado de la nieve.

La bandera azul y blanca fué la sagrada animadora de las gigantescas jornadas de los Andes. A su alrededor se agruparon los nobles soldados, que, tras de luchar por la independencia propia, anhelaban la libertad de los pueblos hermanos.

¡Gloriosa bandera a cuya vista se alegran los ojos y palpitan los corazones! Fuiste guía de nuestros valerosos ejércitos, que vieron en ti

la representación viva de la patria y te siguieron con entusiasmo.

Desde que sonó la hora de la paz, vienen a cobijarse bajo tu sombra hombres de todo el mundo, que ansiosos de libertad y bienestar, llegan en inmensas caravanas, atraídos por la hospitalidad de nuestro pueblo, la generosidad de nuestras leyes, la fecundidad de nuestro suelo y la bondad de nuestro clima.

La bandera de Belgrano recorrió la América y el mundo, como símbolo de libertad, de paz y de fraternidad.

Es deber de todo argentino procurar que su grandeza no disminuya y por los siglos de los siglos, continúe siendo la insignia sagrada de la Patria, independiente, fuerte y gloriosa.



LOS BOLSILLOS

Javier ronda alrededor de su madre que está en pie, inclinada sobre la mesa, cortando una tela.

—Mamá, ¿para qué cortas ese trapo?

—Esto no es un trapo, hijo mío; es un tejido de lana.

—¿Y por qué lo estás estropeando con las tijeras?

—No lo estropeo, Javier; sobre esta tela estoy cortando un pantalón.

—¿Un pantalón? ¿Para papá?

—No; para ti.

—¡Qué bien!

Javier reflexiona. Su cara se ha puesto alegre como unas pascuas; le ha regocijado la noticia y exclama:

—¡Qué preciosa eres, mamá!

La madre sonrío.

—¿Preciosa porque voy a hacerte un pantalón?

Ante esta sencilla interrogación, Javier se turba. Vagamente comprende que ha dicho una tontería y balbucea:

—Mamá... Tú eres linda siempre. Aunque no hagas pantalones.

Un breve silencio.

—¿Y tendrá bolsillos mi pantalón nuevo?

La madre sonríe con dulzura.

—Sí; tendrá bolsillos.

La emoción de Javier va en aumento. Siéntete un regocijo inexplicable y extraño. Eso de tener bolsillos es uno de sus deseos más ardientes.

Por otra parte, los bolsillos le están haciendo ya mucha falta; le son casi tan necesarios como comer. Es dueño de un trompo, de una pelota, de una infinidad de piedrecitas lindísimas que recogió en un jardín, de unas hebillas rotas, pero brillantes, y de otras chucherías que merecen guardarse con cuidado.

Llevándolas en los bolsillos, no las tocará Felisa más que cuando él quiera, ni podrá quitárselas nadie.

Y aquella noche sueña Javier con unos bolsillos grandes, muy grandes, más grandes que el pantalón; unos bolsillos capaces de contener una pelota, un trompo, una casa, un mundo...



UNA CONVERSACIÓN SOBRE EL SAPO

Los dos hermanos han ido a pasar unos días a la quinta del abuelo y en un paséito por la huerta ven un animal desconocido para ellos.

—¿Qué será este bicharraco tan grande y tan feo? — preguntó temeroso Javier.

A Felisa le entran ganas de huir.

—No os asustéis — recomienda el abuelo sonriente. — Este bicharraco, como le llama Javier, es un sapo viejo que se ha salvado de la muerte, gracias a que vive en este campo solitario, lejos de los hombres.

—¡Pero, qué feo y repugnante es el pobrecito! — dice Felisa.

—Feo es en verdad, pequeñita mía; pero él

no lo sabe, porque es poco vanidoso y no se le ocurre nunca mirarse al espejo. Además, a él poco le importa que todo el mundo lo encuentre feo. Lo que os aseguro es que su bondad resulta mucho mayor que su fealdad.

—¿De modo que es bueno?

—Bonísimo, aunque esto no acaben de comprenderlo los hombres que, casi siempre, se dejan engañar por las apariencias.

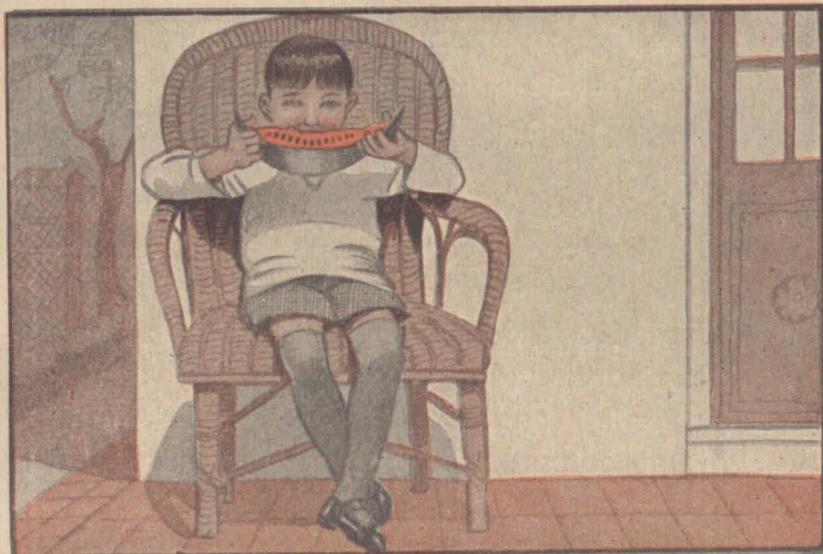
—¿Y en qué consiste su bondad, abuelito?

—Oid: todos los sapos del mundo han trabajado siempre en favor de los hombres. Limpian los campos de orugas, caracoles, babosas y otros animaluchos que hacen más daño que provecho y perjudican las huertas.

Javier dice muy seriamente:

—¡Caramba, abuelito! ¡Cuánto me alegro de saberlo! porque así nunca mataré a un sapo por feo que me parezca.

—Y harás muy bien, los hombres inteligentes los respetan, porque saben que son muy útiles. Pero es menester que tengáis presente que no deben tocarse con las manos, porque, para defenderse, segregan por la piel una sustancia, que, al llegar a vuestros ojos, los irritaría.



LA SANDÍA

La sandía no requiere gran cuidado para su cultivo. En nuestro suelo se da con mucha facilidad. Pero es fruta de verano. Las más tempranas maduran al finalizar la primavera.

A pesar de que todavía están muy lejos tan agradables estaciones, hoy trajo el padre a la hora de comer una hermosa sandía.

La sandía procedía de España. Allá el verano corresponde a nuestro invierno. Mas como los vapores hacen el viaje con tanta rapidez, en la Argentina nos es posible saborear en todo tiempo las mejores frutas.

Todos encontraron la sandía deliciosa. El color encarnado de la pulpa granujienta, acua-

nosa y dulce, contrastaba con el verde brillante de la cáscara.

En el fondo, casi rojo, resaltaban las pepitas negras.

El padre partió una tajada para cada uno.

Javier empezó a comer, en seguida, a bocados, y la madre le advirtió:

—Cuidado, Javier. Hay que partirla a pedacitos proporcionados a la boca. No vayas a hacer verdad aquello de que, con la sandía, puede uno comer, beber y lavarse la cara.

Javier, mientras come, va diciendo:

—¡Qué riquísima es! ¡Qué dulce! ¡Qué jugosa! ¡Lástima que no se coma también la cáscara!

—Te engañas — afirma el padre. — La cáscara sirve para hacer confitura, y entonces está deliciosa. Hay muy pocas cosas en la naturaleza que no puedan aprovecharse en beneficio nuestro.



PRIMAVERA

Los jardines, de alegría
y de flores se han llenado,
ya es más lindo y claro el día:
la primavera ha llegado.

Las aves hacen sus nidos,
y hay en el aire canciones
que embelesan los oídos
y nos llenan de emociones.

Primavera bendecida
que haces crecer el trigal
y dulcificas la vida,
sigue tu marcha triunfal.

Y llévanos por tu mano
en jornadas jubilosas
hacia el fecundo verano,
el de las frutas jugosas.



EL NIDO

Un nido parece a veces la realización de un milagro y es siempre prodigio y encanto. No falta ningún detalle: todo en él es belleza, comodidad y previsión.

Los pajarillos revolotean, van alegres y vuelven trayendo algo en su pico amoroso: plumas, un velloncito de lana, una ramita seca...

Y el amor, que por sí solo es bastante para dar fortaleza y habilidad, va creando incesantemente obra bella, obra útil, obra cómoda... y todo sin esfuerzo, entre cantos y trinos.

En ese nido, cual en una preciosa cuna lle-

na de calor, nacerán los polluelos como una caricia, crecerán como una esperanza en flor, y ensayarán sus primeros gorjeos, saludando al sol de cada día.

¡Cómo se parecen los hogares bien organizados, en los que reinan la paz y el cariño, a los nidos de las avcillas del cielo, donde todo es rumor de besos y aleteos de libertad!

Cuando el amor y la bondad vinculan a los miembros de una familia, las tareas que se realizan son más fáciles y ligeras; las tristezas desaparecen, y solamente la alegría, el entusiasmo y la dicha, hacen dulce y amable la vida.

Y entonces, ante una casita en la que todo es armonía, limpieza y candor, solemos decir:

—¡Qué hogar tan delicioso! ¡Si se parece a un nido...!



EL QUEBRACHO

Javier corre por el jardín empeñado en cazar una mariposa que muestra en sus alas preciosos y delicados colores.

Leve y ligera la mariposa, parece una flor que se hubiera desprendido de su tallo flexible echándose a volar.

De pronto Javier tropieza, cae cuan largo es y se pone a llorar.

—Vamos — le dice el abuelito que pasea por el jardín:—Llorar por cualquier cosilla no está bien. El hombre tiene que ser duro y fuerte como el quebracho.

Javier se seca las lágrimas y pregunta:

—¿Qué es el quebracho, abuelito?

—El quebracho es un árbol corpulento exclusivo de nuestra América. Precisamente la Argentina ha sido el país que más beneficios ha obtenido de esta maravillosa planta.

El quebracho da una madera de mucho valor en los mercados debido a sus calidades inmejorables de peso y de dureza, y, sobre todo, a su probada incorruptibilidad y a su formidable resistencia a la humedad.

Por eso el quebracho es tan apreciado en el empleo de durmientes en las líneas férreas y en otros destinos semejantes. Es inalterable por la gran cantidad de tanino que contiene, y esto hace que el quebracho sea más apetecido y que lo empleen los hombres para extraer de él ese tanino o extracto de quebracho como vulgarmente se llama en el lenguaje comercial.

—¿Y por qué se llama quebracho, abuelito?

—Te diré: Por su dureza, mereció el nombre vulgar de quiebrahacha, que por corrupción se ha convertido en quebracho.



ELOGIO DE LAS MANOS

Las manos hacendosas del noble abuelo
que los trabajos rudos encallecieron,
cavando el suelo,
¡qué buenas eran
aquellas manos ásperas del noble abuelo!

—

Manos duras y fuertes que acariciaban,
manos llenas de brío que producían,
manos que daban.
¡Cómo las gentes todas os bendecían,
manos duras y fuertes que acariciaban!

Manos las del abuelo que se arrugaron
llenando los graneros de rubio trigo,
¡cómo alegraron
nuestra fecunda patria que yo bendigo
las manos del abuelo que se arrugaron!

Manos arrugaditas que ardiente beso;
empuñando la azada con arrogancia,
forjasteis poderosas nuestro progreso,
y disteis a la tierra paz y abundancia,
¡manos arrugaditas, que ardiente beso!



EL ALMA DE UNA SEMILLA

Soy un grano de trigo, una semilla.

Dentro de mí, pobre grano, hay algo misterioso que ni yo mismo comprendo: es una fuerza avasalladora, una virtud de transformación, un alma. Por esa fuerza avasalladora, por esa alma, llegará un día en que de mí brotará un tallo y saldrán unas raíces, y entonces ni yo mismo podré reconocerme, porque ya no seré un grano, sino una planta que crecerá, crecerá y acabará por verse coronada por una espiga que contendrá una porción de semillas o granos como yo, a los cuales habré transmitido este misterio que hay en mí, esta fuerza avasalladora, esta virtud de transformación, esta alma.



EL TRIGAL

Un trigal parece un mar sereno que se mueve pausadamente, impulsado por la brisa. Sobre él lucen, alegres y animadoras como llamas, las amapolas rojas.

Poco a poco, el gran trigal va madurando; a la caricia del sol fecundo adquiere su corona dorada, y se va inclinando bajo el peso de las espigas.

Lo que empezó por ser mar verde, prometedora de abundancia, va adquiriendo el color de la riqueza. Ahora es oro en espiga; más tarde la segadora y la trilladora lo convertirán en oro en grano.

¡Bendito trigal! Fuiste como campo de es-

meralda y has ido perdiendo tu verdor; antes dulcificabas la luz; ahora la reflejas haciéndola más brillante. Tus espigas están llenas y próximas a reventar.

Pronto, ¡trigo bendito!, irás cayendo como deslumbrante y copiosa cascada de oro, en los buques que te llevarán a países remotos, donde hermanos desconocidos necesitan la alegría del pan.

Bello fin el tuyo, generoso trival, mar inmenso, salpicado de amapolas rojas, alegres y animadoras como llamas.



LA VOZ DE LOS ANIMALES

Las conversaciones de Felisa y Javier suelen tener su motivo en lo que van aprendiendo en la escuela.

—Yo ya sé — dice muy serio Javier — que cuando oímos palabras, pensamos en seguida en el hombre; porque sólo el hombre habla.

Felisa se echa a reír y para embromar a Javier le dice:

—También hablan las cotorritas, los loros y las urracas.

—Sí; pero no saben lo que dicen.

—¡Bien contestado, Javier! Y cuando oímos ladrar ¿en quién pensamos?

—En el perro, porque el perro ladra, como el gato maúlla y el caballo relincha, y el burro rebuzna.

—¡Muy bien! A ver si sabes lo que hacen otros animales.

—Sí que lo sé: la gallina cacarea, el león ruge, el mirlo silba, la oveja bala, el canario trina...

—¿Y no sabes más?

—Sí: pero ahora no me acuerdo.

—Yo te lo diré: el cerdo gruñe, hasta cuando está contento; la rana croa, el cuervo grazna, y, por fin, el gallo canta y hace ¡ki ki ri kí!, con lo que avisa a los perezosos la llegada del alba, y anuncia, a veces, cuando canta a deshora, el cambio de tiempo.



LANA Y ALGODÓN

—¿Son lo mismo la lana y el algodón, abuelito? — pregunta un día Felisa.

—No, hija mía; aunque ambos se hilan y se tejan, son bastante diferentes. La lana es un producto animal, mientras que el algodón es vegetal. De lana somos ricos en la República Argentina; de algodón, no tanto, pero podemos serlo, porque se produce de excelente calidad en casi todas nuestras provincias y territorios.

Cuando llega el verano, con sus excesivos calores, las pobres ovejas sufrirían mucho si las dejáramos con la lana que la sabia naturaleza hizo crecer en invierno para preservarlas

del frío. En verano, pues, se les presta un señalado servicio esquilándolas. Claro está que, de paso, salimos beneficiados, porque la lana es una riqueza nada despreciable y por ella podemos tener buenos colchones, buenas almohadas, excelentes mantas, telas para nuestras ropas de abrigo, alfombras, cortinas, carpetas y otra porción de cosas más.

Antes, después de lavar y cardar la lana, se hilaba con el huso que solían manejar las mujeres de la casa con gran agilidad. Preparado el hilo, pasaba al telar. Así se hicieron, y aun se hacen, los más delicados tejidos.

Hoy hay máquinas de hilar y de tejer que realizan la labor rápidamente y con más comodidad y economía.

El algodón, ya lo hemos dicho, es un producto vegetal. El algodouero, arbusto ramoso, con flores amarillas muy vistosas, crece en las regiones cálidas, y nos proporciona blancos copos de este precioso producto que tantas aplicaciones tiene en la industria.

Cultivándolo con esmero, está llamado a ser otra fuente de riqueza como lo es la lana de nuestras ovejas.

Se desmota, es decir, se lo separa de las semillas; luego se hila y teje para convertirlo en telas para nuestros vestidos.

En la medicina se usa también con mucho provecho el algodón.



LOS DIEZ SERVIDORES

Felisa y Javier se han pasado la mañana distraídos en el juego, y cuando los llaman a comer se apresuran a ocupar su sitio en la mesa.

El padre ha puesto la sopa en los platos y se oye la voz de la madre, que dice como si pretendiera narrar un cuento:

—Conozco a una niña que cuenta con diez servidores, siempre prontos a obedecerla, hasta el punto de que no permanecen nunca en reposo.

—¡Qué bien! — exclama Felisa. — Entonces la niña los querrá y los considerará mucho.

—No lo creas. Aunque parezca mentira, no guarda la menor consideración con ellos.

—¡Qué descuidada!

—Después de tenerlos todo el día y toda la noche a su servicio, no les deja siquiera el tiempo necesario para su aseo. Y como trabajan sin descanso, tienen que tocar forzosa-

mente muchas cosas que los ensucian, como la tinta, la grasa, la pelota, que recoge del suelo polvo, barro y toda clase de suciedades. Y luego, cuando llega la hora de comer y la niña se sienta a la mesa, le tocan el pan, la servilleta, hasta la boca.

—¡Qué asco! — exclaman a dúo Felisa y Javier.

—Algunas veces, los diez servidores parecen pordioseros vestidos de luto.

De pronto, los niños caen en la cuenta. Se ponen muy colorados mirándose las manos que tienen sucias, como de haber jugado toda la mañana sin descanso.

—Comprendo, comprendo, mamá — se apresura a decir Felisa. — Esa niña de tu cuento soy yo misma; es también Javier. Ambos tenemos de sirvientes los diez dedos de las manos, y debemos corresponder a sus servicios, lavándolos, teniéndolos siempre limpios, uñas y todo.

—Permite, mamá — dice Javier —, que vayamos a darles un buen baño a nuestros diez servidores.

Y Felisa agrega:

—Yo te prometo que, en lo sucesivo, no has de volver a verlos sucios.

El padre sonríe como un hombre dichoso y admira la suavidad con que su amable esposa educa a sus hijos.



LA CANCIÓN DEL TELAR

Un alma tiene el telar
y una voz que, al funcionar,
va cantando,
va gritando:
—¡Muchachas, a trabajar!

El trabajo es la misión
de la vida; la función
del que siente
noblemente
palpitar su corazón.

Siempre las manos estén
movidas, en vuestro bien;

hacendosas.
afanosas,
en incansable vaivén.

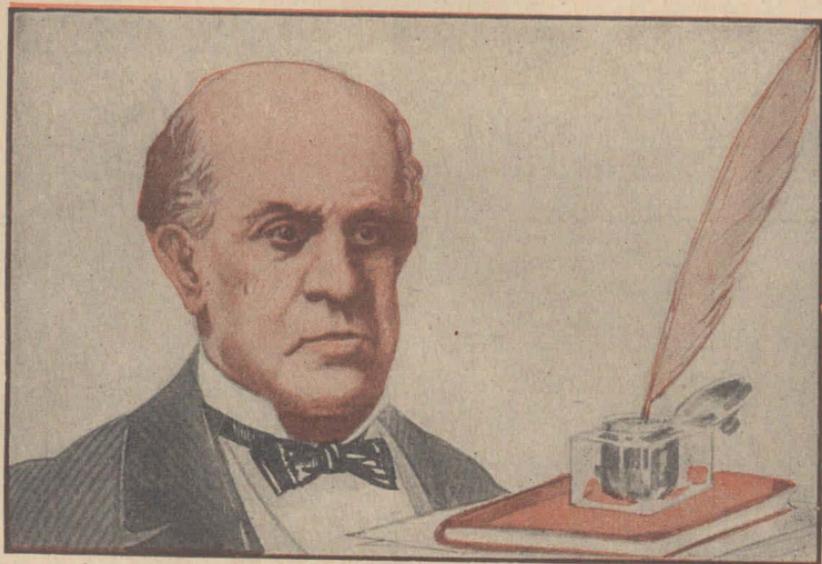
Trabajar es compartir
la alegría del vivir,
es hacer
florecer
el rosal del porvenir.

.....

Así el alma del telar
va cantando, al funcionar;
repitiendo
con estruendo:
—¡Muchachas, a trabajar!

Enrique E. Rivarola.

—————



EL AMIGO DE LOS NIÑOS

Si hay alguien que pueda merecer el honor de que se le llame **El amigo de los niños**, este es Domingo Faustino Sarmiento.

Sarmiento amó de todo corazón a los niños. Y los amó, porque ellos representan el porvenir, la patria admirable con que él soñara.

Los grandes afectos de este ilustre patricio se dirigieron hacia los niños aplicados que se afanan por elevarse, que estudian, que perseveran para ser, al llegar a hombres, ciudadanos distinguidos, honestos y virtuosos, con energías suficientes para conservar y aumentar la herencia de gloria que recibieran de sus mayores.

Por este ardor patriótico, por este deseo constante de que todos los argentinos alcanzaran la mayor perfección y fueran instruídos, Sarmiento se desveló por la Escuela y puso todo su empeño en mejorarla y engrandecerla.

Hoy, gracias al impulso que supo darle, la Escuela Argentina es una escuela modelo, madre espiritual de los que a ella concurren, y se esfuerzan por ser dignos de la Patria.

Siempre que penetremos en nuestra escuela dispuestos a nutrir nuestra alma con sabias lecciones y saludables doctrinas, invoquemos el nombre del gran Sarmiento; ese recuerdo cariñoso nos abrirá las puertas del porvenir.



EL GLOBO

El guardapolvo resulta una prenda indispensable en los escolares, porque protege el vestido contra la tiza y las manchas, y Javier ha ido con su mamá y con su hermana a comprar uno.

En la tienda había grandes globos azules, colorados, verdes, amarillos y grises que regalaban a los compradores.

Desde que los vió el niño empezó a importunar:

—Mamá: yo quiero un globo.

Después de hecha la compra, Javier logró su deseo, y tuvo en su mano un globo que a él

le pareció preciosísimo. Era grande, muy grande, de color azul.

—No lo sueltes — recomendó la mamá: — Si abandonas el hilo que lo sujeta, el globo, subiría muy alto y te sería imposible recuperarlo.

Una vez en la calle, Javier empieza a hacer pruebas. Tan ensimismado camina que tropieza con la gente. Unas veces recoge el hilo lentamente hasta tener el globo cerca de la mano. Otras, cuidando de sujetar bien el hilo por la punta, finge abandonarlo y el globo sube bruscamente.

—Te quedarás sin globo — le advierte Felisa.

Javier se ríe y no hace caso, hasta que en uno de estos juegos se le escapa el hilo de la mano.

El niño se empina, levanta cuanto puede los brazos; quisiera llegar con las manos hasta el cielo y exclama a punto de llorar:

—¡Mi globo! ¡Mi globo! ¡Mamá, mamá!
¡Alcánzame mi globo!

—No es posible, hijo mío: mira cómo sube... Ya no es más que un puntito azul. Pronto no será nada para nosotros, porque no le veremos, y estará lejos, muy lejos de la tierra, tal vez en manos de los angelitos que jugarán con él.



EN EL JARDÍN

El día amaneció claro y templado como de primavera y la familia entera fué a visitar un hermosísimo jardín situado en uno de los pueblecitos suburbanos.

A pesar de sus manos encallecidas llenas de tierra, de su traje con manchas de barro y de sus zapatones que jamás brillan como el charol, el jardinero resulta un hombre distinguido que sabe muy bien todo lo que es necesario a su bella profesión.

Hay jardineros que son artistas admirables.

En el jardín, Javier y Felisa pudieron contemplar toda clase de plantas de adorno: arbustos cuidados con esmero y recortados con

arte, viveros de duraznos, guindos, cerezos.

¿Y flores? ¡Cuántas flores vieron de distintas variedades, de colores infinitos, todas ricas en perfumes delicados!

Las flores, a más de hermosear el jardín rinden al jardinero beneficios nada despreciables. Las corta y las vende, ya sueltas, ya en artísticos ramos que van a adornar las mesas lujosas y las habitaciones más humildes.

Javier y Felisa compraron dos ramitos de flores y esta mañana se presentaron en la escuela y las ofrecieron contentos a sus respectivas maestras.

Y por las flores, la clase parecía hoy más animada y más alegre.



LAS FLORES

Por la variedad y armonía de sus matices, las flores son alegría de los ojos, y por su delicada fragancia, regocijo del olfato. Cuando la naturaleza está de fiesta, le sirven de brillante vestidura.

Las flores parecen hablarnos con su lenguaje divino, de días templados, de mañanas transparentes, de bellas mariposas, de poéticos jardines, y llevan dentro de sí, como una alegría oculta, la promesa de frutos sabrosos que alimentarán nuestro cuerpo y harán la delicia de nuestro paladar.

¡Flores ¡Flores! ¿Quién no se encanta en vuestra contemplación? ¿Quién no os desea?

Las ramas de los almendros, de los durazneros, de los guindos, que se encontraban ayer tristes, negras, retorcidas, al amanecer hoy, en este día tibio cercano a la primavera, se han presentado a nuestros ojos milagrosamente florecidas, como guirnaldas primrosas hechas por el supremo artista.

A primera vista parecía que el cielo hubiese encendido las ramas para iluminar los huertos.

¡Cómo se han animado los campos y se han regocijado los corazones con este temprano florecer!

¡Flores! ¡Flores! ¡Qué alegría tan comunicativa la de ese ramo que trajo un niño esta mañana para obsequiar a la señorita maestra!

El aula parece más limpia porque está más bella y la belleza tiene resplandores de sol.



UN DÍA DE CAMPO

Es un día de fiesta magnífico y como el padre no tiene oficina, han decidido ir al campo a visitar al abuelito en su quinta.

¡Qué paz, qué silencio, qué quietud se disfruta en el campo! ¡Con qué placer se respira el aire libre, puro y sano, y se contempla el hermoso cielo cobijador de verdes praderas, viñas frondosas, huertos, jardines, árboles, hierbas y flores!

Felisa y Javier están contentísimos, la alegría no les cabe en el cuerpo y corren por todas partes sin descanso.

De pronto empiezan a cuestionar. Han encontrado algo que quieren los dos para sí. El

abuelo los llama y después de afearlos su conducto les refiere:

—Habéis de saber que dos niños encontraron una nuez hermosísima, cubierta todavía por la cáscara verde.

—¡La nuez es mía! — gritó uno, — porque yo la vi primero.

—¿Cómo va a ser tuya si la recogí yo?

De las palabras pasaron a los hechos y empezaron a darse golpes.

Un hombre acudió a separarlos y enterado de la causa de la pelea, se hizo dar la nuez, le quitó la cáscara, la partió, sacó la pulpa y les dijo:

—Veréis cómo yo haré de juez y acabará la cuestión. La cáscara verde le corresponde al que la ha descubierto; la otra al que la ha recogido, y la pulpa me pertenece a mí por la sentencia.

Se la metió listamente en la boca y se fué diciendo:

—Entre dos litigantes un tercero gana.

Después de escuchar el cuentecillo con la boca abierta, Javier y Felisa comprendieron lo feo que es disputar, y más entre hermanos.



RUIDOS CONOCIDOS

Las conversaciones sobre las cosas aprendidas en la escuela son frecuentes entre los dos hermanitos. Así Felisa dice hoy:

—No creas, Javier, que sólo puede conocerse al burro por el rebuzno y al gato por el maullido. Por otros ruidos podemos saber las cosas que los produce sin abrir los ojos siquiera. ¿Sabes lo que hace el tambor?

Javier se pone en pie y empieza a marchar haciendo como que toca un tambor imaginario.

—¡Plan! ¡Rataplán! ¡Plan! ¡Plan!...

Felisa, impaciente, le interrumpe:

—No seas atolondrado.

—¡Cómo! ¿Vas a decirme acaso que no es eso lo que hace el tambor?

—No, pero bastaría que dijeras, sin tanto ruido, que el tambor resuena.

—Bueno: el tambor resuena; el trueno retumba; los dientes rechinan.

—¿Y qué hace el carbón cuando se enciende?

—Chisporrotea. Y la leña, al quemarse, crepita, y la madera cruje.

Felisa está admirada por la buena memoria de Javier y le dice:

—Ya ves cómo sirve la constancia. Cada vez estás más seguro de lo que sabes y todos los días aumentas el caudal de tus palabras.

—Entonces vamos a jugar, casualmente tengo un trompo que se enfada y se entristece si no baila.

—Bueno, pero primero debes decirme lo que hace la campana.

—La campana vibra. Y yo... echo a correr.



ATOLONDRAMIENTO

Hoy se ha desarrollado una tragedia de esas que, en lugar de producir espanto, mueven a risa.

Todos los de la casa habían de asistir a una fiesta y Felisa debía estrenar un vestidito blanco que le sentaba muy bien.

El padre llegó dando prisa, porque la hora de la fiesta se había anticipado, y cada cual tuvo que ir a vestirse por su cuenta, hasta Javier que ya no necesita ayuda.

Felisa, temblorosa de impaciencia por verse con su vestidito nuevo, al ir a ponérselo, abrochó atolondradamente el primer botón en el segundo ojal. Así, al terminar, se encontró con

que por arriba sobraba un ojal y por abajo un botón.

Sin querer reconocer su torpeza e incapaz de reflexionar, empezó a maldecir de la modista y a dar tirones por uno y otro lado, como si el culpable de su torpeza fuera el vestido, hasta que, con tanto tironear acabó por hacerle un desgarrón tremendo.

Esto le hizo llorar y gritar desesperadamente. La madre, alarmada, acudió presurosa ante el temor de que hubiera ocurrido una desgracia, y al enterarse de lo que motivaba el llanto de la niña, dijo:

—La culpa de todo lo que sucede es tuya, exclusivamente tuya y no de la modista ni del vestido. ¡Fíjate bien! Has abrochado el primer botón en el segundo ojal. Con más serenidad y más cordura, te hubieras convencido pronto de que ni sobraban ojales ni faltaban botones.

Felisa lloraba reconociendo su torpeza.

—Y ahora — acabó diciendo la madre — vuelve a ponerte el vestidito viejo, que no por ir más humilde llamarás la atención de nadie. Y aprende a ser menos impaciente y más juiciosa. Y no olvides tampoco que por algo se dice: Vísteme despacio, que tengo prisa.



EL INVENTOR DEL CHOCOLATE

Javier saborea un bombón y como es curioso y le gusta saberlo todo, pregunta:

—¿No te parece una cosa muy rica el chocolate, mamá? ¿Quién lo inventó? Sería un gran hombre, a quien no le gustaban las cosas amargas, ¿verdad mamá?

—El chocolate, hijo mío, no lo inventó nadie; es a la vez un producto de la naturaleza y de la industria, y aunque se fabrica hace mucho en la Argentina, no se produce aquí.

—¿Y con qué se fabrica?

—Con una mezcla de cacao, azúcar y alguna especia, que se agrega, como vainilla o canela, para que resulte aromático.

—¿Qué es el cacao, mamá?

—Es un producto de los países tropicales: Guayaquil, Caracas, Ecuador, Costa Rica — todos países de nuestra América. — El cacao de Caracas es el mejor del mundo.

—Bueno, pero todavía no me has dicho lo que es el cacao.

—Te lo diré para que lo sepas. El cacao es un arbusto que crece de un modo extraordinario; pero en las plantaciones lo podan convenientemente y no le dejan crecer más que hasta cierta altura para que sea más fácil la recolección de la semilla, que es la que se utiliza para la fabricación del chocolate. Esta semilla es dura, del tamaño de un poroto; se encuentra encerrada en seis u ocho hileras en una cápsula dura, de forma cilíndrica, con ranuras a lo largo.

—¡Chocolate! Dime, mamá, ¿por qué tiene ese nombre que sólo al pronunciarlo pone la boca dulce?

—Ese nombre viene de que los habitantes de México le llamaban **choco** que quiere decir cacao y **late** que quiere decir agua.

El goloso Javier no preguntó más; pero pidió a su mamá una tableta de chocolate.



EL INVERNÁCULO

Alegres, como mariposas en día de sol, recorrieron los niños el jardín.

Y llegaron en sus correrías al invernáculo, que a Javier le pareció una casita baja de cristal.

—¿Qué es esto, y para qué sirve? — preguntó Javier.

—Este es el invernáculo — respondió el jardinero. — Aquí cultivo las flores más delicadas, las que proceden de países tropicales y otras que no han logrado vivir en nuestro clima. Si no estuvieran encerradas aquí donde no pocas veces hay que encender la estufa, la baja temperatura del invierno las mataría.

—¿Y por qué la casita es de cristal? — preguntó Felisa.

—Porque el cristal deja pasar la luz e impide que penetre el frío. La luz del sol es indispensable para las plantas; sin ella languidecerían hasta morir.

¡Oh! ¡las flores! ¿Quién no ama las flores que alegran la vista y recrean el olfato?

El jardinero, que se ha hecho amigo de Felisa le dice:

—Voy a hacerte un regalo; no de flores cortadas que se marchitarían pronto, sino de esta maceta con su rosal frondosísimo que pronto florecerá.

La visita ha resultado de las más agradables y los niños vuelven con tanta alegría en los ojos que por todas partes creen ver flores delicadas.



EN LA CARPINTERÍA

El padre permaneció unos días en la cama enfermo. Todo fué en la casa durante la enfermedad zozobra y angustia. Pero ya está sano y alegre y va con Felisa y Javier a visitar a su hermano Antonio, que es un hábil carpintero.

¡Cómo les distrajo a los niños esta visita! Quedáronse extasiados ante la sierra que cortaba las tablas con la misma facilidad con que se corta el queso con un cuchillo afilado.

¡Cómo les admiró ver trabajar a un oficial con el cepillo que iba dejando las tablas completamente lisas!

¿Y el torno? ¡Qué maravillas realizaba otro

oficial en el torno! La madera tomaba en él formas elegantes y fantásticas.

A los niños les parecía mentira que de los toscos troncos, casi informes, pudieran salir tales maravillas.

—¿Cómo puedes hacer cosas tan lindas, tío Antonio?

—Primero porque hay árboles que, a más de proporcionarnos sombra, embellecer el campo y aumentar nuestra salud, nos dan la madera para que podamos tener puertas, ventanas y muebles.

Luego la paciencia, el estudio y el arte han ido perfeccionando mi oficio, y se han ido ideando todos estos instrumentos que veis para facilitar la tarea. ¿Veis este dibujo?

—Sí, es un aparador lindísimo.

—Pues primero lo ideé; luego lo dibujé y después puse manos a la obra y lo hice.

—¿Y te salió bien?

—¡Claro! No había razón para que saliera mal.

Y llevando a los niños a otro lado del taller, dijo:

—Ahí tenéis el mueble.

—¡Oh! — exclamó Felisa admirada. — Está mucho mejor que pintado.

Javier, entusiasmado ante tanta maravilla, dice:

—Papá, yo quiero ser carpintero.



JUGUETES DE MADERA

El tío Antonio sonriente, al notar la admiración de los niños, dice:

—De modo que tú quieres ser carpintero, Javier.

—Sí, porque me gusta mucho lo que haces con la madera, tío.

—Y eso que no te he enseñado lo que seguramente te gustará más.

—¿Qué?

—Los juguetes que pueden hacerse de la madera para recreo y alegría de los niños. ¿Ves este tarugo que no tiene forma? ¿No te gustaría verlo convertido en un trompo?

—¿Y cómo lo harías?

—Ven y verás.

Llevó a sus visitantes junto al torno, acomodó en él el trozo de madera y puso el motor en marcha. El torno empezó a dar vueltas rapidísimas, incontables.

El tío Antonio empleó primero una herramienta que a Javier le pareció un formón y luego otra más fina. La madera iba adquiriendo la forma deseada y poco rato después quedó convertida en un trompo perfecto.

—¡Es maravilloso! — exclamó Felisa.

—Es muy bonito; pero le falta la púa — observó Javier.

—Eso es cosa del maestro herrero. Hay oficios que se relacionan muy estrechamente. Lo que hace el carpintero, tiene que completarlo muchas veces el herrero. Las puertas y ventanas, por ejemplo, salen de mi taller a falta de fallebas, visagras, picaportes, cerraduras... Por eso tengo que valerme del herrero, que, a más de todo lo dicho, fabrica también las herramientas con que trabajo.

En la vida, sobrinitos míos, valemos muy poco los unos sin los otros.



EN LA HERRERÍA

Después de tomar café con leche y unas masitas con que les invitó la esposa del carpintero y que Felisa y Javier encontraron deliciosas, el tío Antonio propuso:

—Vamos a completar el trompo que Javier encuentra tan bonito. Precisamente la herrería está al lado y el herrero es amigo mío.

Hallaron al buen hombre, desnudos los musculosos brazos, trabajando con afán sobre el yunque, mientras las llamas de la fragua reflejaban en su frente sudorosa. Rodeaban al herrero infinidad de chispas, que el martillo, manejado por su mano hercúlea, arrancaba del hierro enrojecido.

Al notar la presencia de sus visitantes salió a recibirlos con la sonrisa en los labios. Los niños vieron que tenía la cara tiznada en la que brillaban con viveza los ojos. Al enterarse del objeto de la visita dijo:

—De modo que quieres que pueda bailar el trompo que ha hecho tu tío. Alcánzame ese pedacito de hierro que hay en el suelo.

—¿Y de ésto va a salir la púa? — preguntó Javier.

—Naturalmente y va ser una púa perfecta, como corresponde a un trompo tan bonito.

Colocó el pedazo de hierro en las largas tenazas, las metió en el fuego, enseñó a Javier el fácil manejo del fuelle y le dijo:

—Sigue tú hasta que yo diga; así el trompo tendrá para ti más mérito, porque te habrá costado trabajo.

Mientras Javier manejaba el fuelle, el herrero echó agua al carbón con una escobilla, y Felisa notó con sorpresa que el fuego, lejos de apagarse, se avivaba.

Pronto estuvo el hierro al rojo y el herrero, poniéndolo sobre el yunque y teniéndole bien sujeto con las tenazas, empezó a martillar con fuerza y con arte mientras el hierro iba tomando la forma deseada.

Sujeto el trompo en la prensa pronto quedó provisto de su púa que el herrero acabó de pulir hábilmente con la lima.



LOS CANTORES DE LAS SELVAS

Los pájaros son adorno y encanto de las selvas rumorosas.

Con sus colores variados, en los que están representados todos los matices, y con sus cantos melódicos que abarcan los tonos más dulces y suaves de la escala musical, alegran la naturaleza, animan la vida y despiertan sentimientos de admiración y de bondad.

¿Quién no escucha con placer los gorgoros prolongados y dulces que se escapan de la garganta de esos cantores alados, que parecen guardar en ella un aparato maravilloso y mágico?

¿Quién no se detiene con curiosidad ante un diminuto y bello picaflor? Como una flecha, con movimientos rápidos y nerviosos, va de un cáliz a otro cáliz, para extraer con su pico fino la pequeñísima porción de néctar que como alimento, le brindan las flores.

Los primeros cantos de las aves saludan al día, al mismo tiempo que los rayos del sol inundan de luz la tierra, invitando al trabajo. ¡Es delicioso ese despertar del mundo!

Por la tarde, el último arrullo de la torcaz, el lamento triste de la calandria y el trino largo del zorzal, anuncian la llegada de la noche, la hora del silencio, del descanso y de la paz.



LA CANCIÓN DEL HERRERO

Manejo alegre el martillo
y machaco sin cesar,
que si es firme y duro el hierro
más firme es mi voluntad.

Del hierro más resistente
puedo con arte forjar
pájaros lindos y flores
que a todos admirarán.

La verja de tu jardín
podré a martillo labrar,
para que guarde las rosas
más bellas de tu rosal.

Verja donde las palomas
dulcemente arrullarán,
donde los pintados pájaros
se detengan a cantar...

Manejo alegre el martillo
y machaco sin cesar,
que si es firme y duro el hierro
más firme es mi voluntad.



LOS ÁRBOLES

Los árboles no sólo resultan una nota agradable y bella, sino que son indispensables en el mundo y ayudan a vivir al hombre.

Los árboles regulan las lluvias, sirven de resguardo a los ganados que se acercan a ellos para evitar los efectos de los grandes vendavales y buscar sombra en los abrasantes días del verano. Dan jugosos frutos al hombre y hacen más hospitalaria la tierra.

El que planta un árbol realiza una acción provechosa para sí y para los demás. Un árbol es una dichosa posibilidad. Pueden acudir a él las avecillas del cielo y colgar en sus ramas un nido y llenar su copa de canciones.

Es bueno plantar árboles, no cansarse nunca de plantarlos, aunque en la Argentina contemos con riquísimas regiones forestales como Misiones, donde se producen maderas excelentes, muy solicitadas por la industria, como el cedro, el timbó, el pitiribí, el laurel, el quebracho, el palo santo etc., etc. En las partes altas de Misiones crecen corpulentas araucarias que pueden producir magnífica pasta para la fabricación del papel.

Plantar árboles es realizar una obra patriótica.

Plantemos, pues, el árbol amigo, y cuidémoslo con cariño, protejámoslo y respetémoslo, porque será el jalón de progreso que habremos dejado en la tierra, indicando nuestro paso.

El arrullo de los pájaros que anidan en su copa, la paz del viajero que se cobije bajo su sombra bienhechora, el aroma de las flores, el susurro que la brisa suave produce en su ramaje, serán un himno de alabanzas al Creador.



LA HIGIENE DE LAS MANOS

Las manos resultan para nosotros servidoras utilísimas.

Son expresivas y nobles como la palabra. Las manos hablan, suplican, dan, reciben, acarician, miman, bendicen, alivian, curan y protegen.

¡Cuántas cosas buenas deben los niños a las piadosas manos de sus madres, que curan suavemente las heridas y acarician siempre, consolando penas!

Con las manos se hacen muchas cosas en esta vida y se toca todo.

Las manos sucias son repugnantes y pueden llevar en sí gérmenes de dolorosas enferme-

dades, porque como lo tocan todo, pueden contaminarse.

Por eso es muy importante llevarlas siempre limpias.

Una mano lava a la otra y las dos, la cara.

El que se lava la cara con las manos sucias corre el peligro de ensuciársela. ¡Cuidado, pues!

Conviene lavarse muy bien las manos al levantarse, antes de hacer los deberes para que salgan limpios, y antes de comer, para evitar el peligro de tragarse microbios que nos hagan enfermar.



LA ALEGRÍA DEL TRABAJO

Cierto trompo yacía abandonado en un rincón, sucio y triste, completamente olvidado de su dueño, que era un niño caprichoso e inconstante como una mariposilla loca.

Junto al trompo se encontraba la cuerda que en otro tiempo había servido para hacerle bailar alegremente.

Entre ambos se entabló el siguiente diálogo:

—Estás muy triste, trompo amigo. ¿Cuál es la causa de tu pesadumbre?

—La causa está en que me paso la vida inactivo, en una quietud de muerte.

—¿Entonces no eres partidario de la holganza?

—¡Qué he de serlo! Es mil veces preferible bailar hasta caer rendido. El trabajo es vida y alegría.

—Tienes razón. Pero sospecho que hablas así, porque tu misión es la de bailar..

—Aunque fuera otra. Cada cual tiene su trabajo con arreglo a su naturaleza y cualidades, y no hay ninguno que no pueda convertirse en alegría, si se ejecuta con amor y buen ánimo. ¡Oh! Si tú, cuerda amiga, tornaras a envolver cariñosa y estrechamente todo mi cuerpo para transmitirme fuerza... Entonces me sentiría tan feliz como desgraciado soy ahora en este abandono.

A este punto llegaba la conversación cuando pasó por allí el niño inconstante y al encontrar juntos trompo y cuerda, tuvo la idea de hacerlos servir.

Y fué cosa de ver con qué gusto bailaba el trompo y reía, reía...



UN DEBER DIFÍCIL

El niño está triste y desconsolado.

Sentado en una silla junto a la mesa de trabajo, apoyada su cabeza entre las manos, y su mirada fija en el cuaderno de deberes, no acierta con la solución de un problema.

Ha hecho muchas operaciones; ahí están todas en las hojas de su encuadernador: sumó, restó, multiplicó y dividió, y los resultados son siempre distintos.

Y el problema se presenta cada vez más difícil y más confuso. Casi tiene ganas de llorar. Un poco más, y las lágrimas correrán silenciosas por sus mejillas.

¿Se declarará vencido?

No. Hará otro esfuerzo. Tal vez dé con la solución buscada.

Es preciso juntar esas cantidades, y no sabe cómo. Y le aflige la idea de tener que presentar al día siguiente, el deber sin concluir.

En esto llega la madre, la buena madre que salva siempre todas las dificultades a sus hijos.

De una sola mirada comprende la causa de tanta contrariedad, porque las madres son como adivinas.

—Ven, hijo mío, — le dice, — no llores; juntos haremos el problema. Fíjate bien, escúchame, no seas aturdido. Yo lo leeré sin apresurarme para que lo comprendas.

“Pedro tenía 6 bolitas, su hermano le dió 14 y un amigo le regaló 3; jugando, perdió 5. ¿Cuántas bolitas le quedan a Pedro?”.

—Ya lo sé mamá. A Pedro le quedan 18 bolitas, dice Antonio con lágrimas en los ojos, el rubor en las mejillas y la satisfacción en el semblante.

—¿Cómo? — dice la madre — ¿no habíamos quedado en que juntos resolveríamos este difícil problema que te hizo llorar?”

—Ya has puesto tu parte de buena maestra. Leyéndolo así con tanta claridad y con tanta dulzura, me lo has hecho comprender. Las 6 bolitas que Pedro tenía, más las 14 que le dió

su hermano y las 3 que le regaló su amigo, suman 23; pero como perdió 5, le quedan 18.

Mira las cuentas:

$$6 + 14 + 3 = 23$$

$$23 - 5 = 18$$

Un sonoro beso se ganó esta maestra. Y la alegría volvió al corazón del niño que un momento antes estaba triste y casi vencido por una pequeña dificultad.

La candorosa madre que lee en el corazón de sus hijos y procura siempre su felicidad, se retiró tranquila a continuar sus tareas habituales.

—Otra vez haré como mamá; leeré bien los problemas para comprenderlos — dice Antonio, ya más tranquilo, mientras piensa en lo buenas que son las madres.



CANCIÓN DEL VERANO

Para el niño que afanoso
perseveró en el estudio,
es la canción del verano
la grata canción del triunfo.

Al empezar el otoño
de días breves y nublos,
como el labrador, dejó
las semillas en el surco.

Siguió trabajando firme
durante el invierno crudo;
estudió en la primavera
respirando el aire puro.

¡Bienfortunado el labriego
que echó la semilla al surco!
¡Bienfortunado el que firme
perseveró en el estudio!

Ahora, al llegar el verano
encuentran maduro el fruto
y entonan, mientras descansan,
la alegre canción del triunfo.



EL QUE HACE LO QUE PUEDE . . .

Fué en la noche que siguió a un día esplendoroso. Un buho pasó cerca de un foco eléctrico.

—¿Para qué sirves tú, miserable? — le dijo. — Tu luz es insignificante y mezquina comparada con la del sol.

—No lo ignoro — repuso la luz; — pero hago lo que puedo con la mejor voluntad. Piensa que, de no estar yo aquí, los transeúntes que van por la calle tropezarían unos con otros y se harían daño.

—Tienes razón — asintió el bicho y siguió su vuelo.

Llegó a poco a un barrio apartado en el que había un farol de gas.

—¿Para qué sirves? — preguntó el ave nocturna. — Ni siquiera das tanta luz como un foco eléctrico.

—Lo sé; pero hago lo que puedo con la mejor voluntad. ¿No ves qué mal está ese paso? Sin mi luz, alguno podría caerse al pasar.

—Dices bien — respondió el ave y se alejó.

A poco rato divisó una lamparilla en una ventana.

—No sé cómo no tienes vergüenza de tu insignificancia. No llegas a dar la luz de un mal farol de gas.

—Así es; pero hago lo que puedo. Desde la ventana alumbro el sendero, a fin de que, cuando vuelva el labrador vea el camino de su casa.

—Es verdad — repuso el buho convencido de que todos, pequeños y grandes, pueden hacer algo beneficioso.



LA LECHUZA

Hay muchas personas poco instruídas que tienen a la lechuza por un ave de mal agüero. No es extraño porque desde tiempo muy antiguo se refieren cuentos que hacen poner los pelos de punta sobre la influencia fatídica del pobre animal.

A pesar de todo, la lechuza es incapaz de hacerle mal a nadie.

Vive en el bosque y algunas veces en las torres de las iglesias, porque no se encuentra bien más que en los parajes deshabitados.

Duerme de día y suele despertar por la noche con un hambre voraz. Entonces sale a cazar. El hambre cruel la obliga a comerse los

pajaritos; pero en compensación también caza los ratones, que destruyen los sembrados, los mata y se los come.

Le gusta más la noche, porque prefiere la claridad de las estrellas a la luz potente del sol, que daña sus ojos muy grandes y redondos y dispuestos por la naturaleza de modo que ven mejor por la noche.

El pico de la lechuza es duro y afilado como sus garras. Su voz consiste en una especie de grito, que asusta a la gente poco instruída, que persiste en tenerla por ave de mal agüero. Pero esas son patrañas, porque la lechuza no pensó jamás en hacer daño a las personas.

Como otros animaluchos inofensivos, la lechuza ha sido siempre calumniada.



EL ORO

El oro fué uno de los primeros metales que conoció el hombre, porque se encontraba en la superficie del suelo y a poca profundidad y le llamó la atención por su color, su brillo refulgente, su ductilidad y su inalterabilidad.

El hombre no empleó el oro más que con fines de adorno porque este metal le resultaba demasiado blando para fabricar con él útiles de trabajo.

Por otra parte, los fragmentos que lograba extraer eran muy pequeños y no podía, en frío, convertirlos en hojas de puñal o de espada ni en otra clase de arma capaz de servirle de defensa.

Como el oro no se encuentra en cantidades grandes en la naturaleza, los hombres le han asignado un gran valor y de ahí ha nacido la ambición de poseerlo.

El oro es muy bueno y necesario, pero conviene tener presente que no da por sí solo la felicidad.

Tampoco hay que olvidar que no debemos sacrificarnos por todo lo que reluce, porque no siempre es oro.

Algunos dicen: El tiempo es oro, para significar que tiene gran valor y no debe malgastarse.

Nosotros debemos decir que el tiempo vale más que el oro, porque cuando el oro se pierde, alguien puede encontrarlo y utilizarlo, mientras que el instante que se pierde no es posible que lo utilice nadie.



ASPIRACIÓN CUMPLIDA

(Fábula)

A orillas del mar oíase una queja lastimera.
Era un charquito de agua que gemía.

—¡Soy la cosa más desdichada del mundo! —
decía. — ¡Nadie se fija en mí! ¿Qué soy com-
parado con esa gran inmensidad? ¡Qué pena
tan grande la de haber nacido en condición tan
humilde! Yo aspiro a más; merezco más.

Un geniecillo, que pasaba por allí, oyó la
queja del charquito, y le interrumpió para de-
cirle:

—No sé por qué has de quejarte tan amar-
gamente. Tus aguas son dulces y las avecillas

del cielo te aman, porque en ti pueden bañarse y saciar su sed.

—¿Y qué me importan a mí lasavecillas?

El geniecillo continuó diciendo:

—Disfrutas de otras ventajas: el sol te envía sus rayos y se refleja en ti como en un espejo tranquilo y puro. Por la noche, las estrellitas se miran en ti. ¿Qué más quieres?

—Podrá ser verdad todo lo que me dices; pero mi pequeñez me acongoja. Quiero ser como el mar.

—Entonces no tendré más remedio que arrojarte a él.

—¡Arrójame! Así seré más grande.

El geniecillo obedeció, y nadie volvió a acordarse ya del charquito de agua, que perdió su dulzura y lo perdió todo por su ambición.



LA SEÑORA HIGIENE

Los niños deben entablar relaciones muy íntimas con la Señora Higiene.

La Higiene carece de cuerpo, no es una persona real, pero podemos personificarla y figurarnos que es una señora amable, alegre, limpia, con la frescura y el perfume de las rosas recién abiertas.

Esta noble señora pone siempre a nuestra disposición un buen chorro de agua clara, con el que podemos librarnos de todas las suciedades a poca costa, y aparecer, limpios y alegres, a la vista de los demás.

La Higiene sabe poner también en nuestras manos un cepillito para que nos limpiemos los

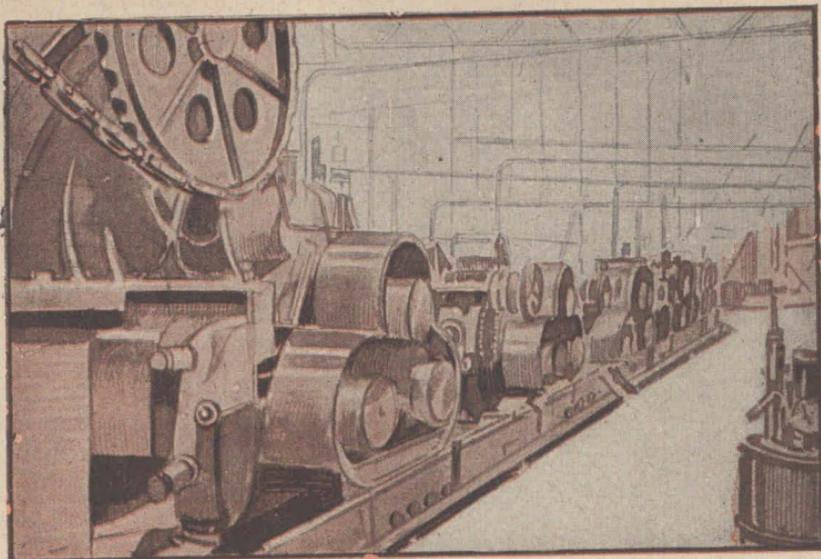
dientes, y unas tijeras con las que debemos cortarnos las uñas, y todo lo necesario para nuestro aseo personal.

La limpieza, que es salud y alegría, es radiante y cálida como la luz del sol, bella como una palomita blanca y atrayente como todas las cosas agradables.

El niño que no tiene muy buenas amistades con la señora Higiene, corre el riesgo de que la gente, al verle, le mire con repugnancia y hasta huya de él.

En cambio ¡qué agradable es ver a un niño limpito, de esos que, según la expresión corriente, “se les puede beber en un vaso de agua”!

Y la señora Higiene quiere que de todos vosotros se pueda decir siempre lo mismo.



EL AZÚCAR

Todos conocemos el azúcar, esa sustancia blanca, dulce y porosa que se extrae de la caña del mismo nombre, de la remolacha y de otras plantas.

El azúcar es un alimento muy bueno tomado en cantidades convenientes; nuestro cuerpo la necesita para la reparación de sus tejidos.

Actualmente, la industria azucarera tiene en nuestro país una importancia muy grande. Es para la Argentina una verdadera fuente de riqueza.

La caña de azúcar se cultiva muy bien en los países cálidos. En la provincia de Tucumán las plantaciones de caña ocupan exten-

sas zonas, tanto que no se podrían recorrer a caballo en varios días.

Como hay tanta y tan rica producción de caña, en Tucumán, existen también grandes fábricas de azúcar que se llaman ingenios.

No sólo en Tucumán hay plantaciones de caña; en menor escala se cultiva también en las provincias de Jujuy, Santa Fe, Santiago del Estero, Salta y Corrientes, y en los territorios de Misiones y Formosa.

La producción de azúcar en nuestra patria es tan grande que, a pesar de la mucha que necesitamos para el consumo de la nación, podemos enviar cantidades respetables a los países de América y de Europa que la necesitan.



COLÓN Y EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Hay un hecho que causará siempre la admiración del mundo: el descubrimiento de América.

Hay un hombre a quien la humanidad glorificará sin descanso: Cristóbal Colón.

Cristóbal Colón fué un hombre valeroso, un intrépido marino, dotado de fe y voluntad inquebrantables. Por esta fe, por esta voluntad, por su perseverancia que pudiera servir de ejemplo, llegó a descubrir un mundo.

Y lo descubrió con tres barquitos insignificantes, de los llamados carabelas, que hoy nos parecerían de juguete.

Y en esas carabelas se embarcó con ciento veinte hombres y realizó la empresa más grande que han visto los siglos.

Y después de largos días de navegación al través de mares desconocidos, luchando con los vientos y con la desconfianza de sus tripulantes, el día 12 de Octubre de 1492, cuando los primeros rayos del sol alumbraron la tierra, se presentó a su vista como surgiendo de las aguas, América.

Quedó convertido en realidad el sueño del gran Almirante Cristóbal Colón.

Había triunfado una vez más la perseverancia.



LA UNIÓN HACE LA FUERZA

Apólogo

En la casa de aquel hombre bueno, padre de cinco hijos, no se podía vivir en paz. Bastaba que uno se propusiese hacer una cosa para que los demás pensasen todo lo contrario. Nunca lograban ponerse de acuerdo.

Cierto día el padre quiso demostrarles lo que perdían por tratarse tan mal, y el riesgo a que se exponían por vivir en semejante desunión.

Para esto los llamó y pidió a cada uno que le alcanzara una vara de mimbre que expresamente había preparado. Cuando hubo hecho de todas ellas un apretado haz, invitó a los muchachos a que tratasen de quebrarlo. Probaron

todos, uno tras otro, y por más esfuerzos que realizaron, no lo consiguieron.

Después el viejo desató el haz y fué dándoles a romper varilla por varilla, las que quebraron con gran facilidad.

—¿Veis, hijos míos — dijo el padre, — cómo fué para vosotros sencillo romper los mimbres uno a uno, cuando resultaba imposible lograrlo estando todos juntos? Como estas varillas de mimbre, seréis vosotros fuertes permaneciendo unidos y ayudándoos unos a otros; pero si os desunís, cada uno de vosotros será víctima de su propia debilidad.



FRATERNIDAD

Llegó hace algún tiempo a Buenos Aires un pintor falto de recursos. Buscó trabajo para ganar su sustento y hacer frente a sus necesidades; pero, sin relaciones, le fué imposible conseguirlo.

Un afilador a quien conoció por casualidad, al ver que no tenía donde guarecerse, le ofreció albergue en su pieza.

El artista se pasaba los días recorriendo la ciudad en busca de ocupación y se entristecía y se desesperaba. Pero el afilador le animaba, diciéndole:

— No te aflijas. En la vida hay que ser

fuerte, paciente y tesonero. Los malos tiempos no duran siempre. ¡Animo, pues!

Para colmo de desdichas, el pobre pintor cayó enfermo. Su compañero el afilador, hombre excelente, se levantaba más temprano y se acostaba más tarde, con el propósito de trabajar más y aumentar sus entradas, para que no le faltase nada al artista.

Además solía velarle por la noche, si se hacía necesario, y atendía gustoso a todos los gastos.

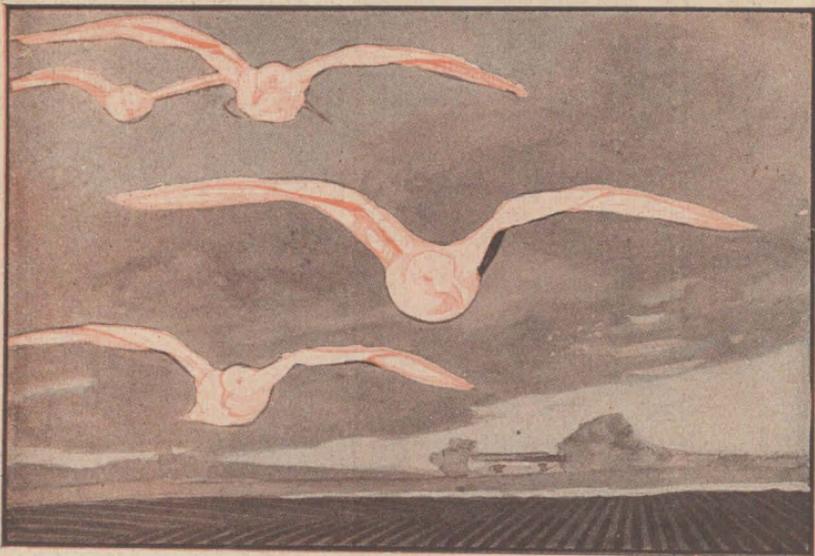
Por fin la suerte cambió. El artista recobró su salud y empezó a trabajar con verdadero fruto. Para que nada faltase, recibió de su padre una cantidad bastante crecida de dinero.

No bien la tuvo en sus manos, quiso entregársela a su bienhechor.

—¡Estaría bueno! — exclamó éste. — Ten en cuenta que ni quiero ni debo esperar nada. No me guió ningún interés al ofrecerte mi ayuda.

—Es que...

—No hables. Esta es una deuda que has contraído para con el primer hombre honrado que encuentres en la miseria. La caridad que puedo haberte hecho, la debía a otro. Ya la pagué. No olvides nunca de hacer otro tanto, cuando la ocasión se presente.



UTILIDAD DE LOS PÁJAROS

Los pajaritos tan primorosos, tan alegres, tan vivarachos, a más de recrear nuestros oídos con su canto y de regocijar nuestros ojos por la belleza de sus plumas, nos son de gran utilidad porque destruyen gran cantidad de enemigos de la agricultura.

Son muchos los pájaros útiles, porque son muchos los que se alimentan de los insectos que devoran las plantas. Así ocurre con mucha frecuencia que un ligero chingolo presta en la quinta más beneficios que un fiel guardián.

Hasta las aves nocturnas de rapiña, como

la lechuza y el buho americano, tenidas injustamente por aves de mal agüero, suelen ser utilísimas al hombre, porque cazan y destruyen gran cantidad de roedores.

El que conozca el campo habrá observado las grandes bandadas de blancas gaviotas que suelen seguir y como escoltar a los que van arando.

Esas gaviotas devoran los gusanos que salen a flor de la tierra movida por el arado.

Chicos y grandes, hay muchos pájaros que merecen todo el cariño y todo el respeto del hombre.



EL AMOR A LA BELLEZA

El abuelo se entretiene en arreglar graciosamente los jarrones del comedor poniendo en ellos flores olorosas.

—¿Por qué haces eso, abuelito? ¿Esperas visitas?

—No espero a nadie; pero has de saber que el amor a la belleza no cuesta nada y proporciona satisfacciones y alegrías.

—¿Y en qué consiste la belleza?

—La belleza es, ante todo, orden, limpieza y gracia. Por eso ejerce sobre todos atracción irresistible. Quiero que ames la belleza. El que siente este amor se esfuerza en que reine en to-

das partes y acaba por dar elegancia hasta a los trabajos más toscos.

Todo lo que produce un hombre amante de la belleza, ya sea un juguete, ya sea una obra de gran importancia, lleva el sello del arte y del buen gusto..

Los japoneses, por ejemplo, sienten verdadera veneración por las flores y buscan en ellas más el suave placer de la vista que del olfato. Por eso se engalanan y celebran con alegres fiestas los días en que florecen los cerezos y cuando los lirios abren sus cálices.

Hay que amar las cosas bellas, hijos míos, para que nuestra vida sea orden, limpieza y gracia.



PODER DE LA INTELIGENCIA

El hombre, mediante su inteligencia, inventa y crea todo lo que puede resultarle necesario o útil para su existencia y para hacer más bella y más agradable la vida en la tierra, que es su reino.

Por su inteligencia domina la fuerza del toro y la agilidad del ciervo, vence a las fieras con sus armas, aprisiona a la zorra con sus trampas, pesca a los peces con sus redes.

El hombre hace fecunda la tierra, depositando la semilla en el surco que abrió con la reja del arado y regó con el sudor de su frente; ablanda el hierro con el fuego de su fragua y le da mil formas con el martillo; construye

diques para embalsar las aguas, y canales para distribuirla; tiende puentes, levanta chimeneas y fábricas con las que transforma los productos naturales, adaptándolos a sus necesidades; utiliza la fuerza de los vientos y hasta evita los efectos destructores del rayo.

Tan lejano como está del sol, el hombre sabe aprovecharlo para dirigir sus pasos y medir el tiempo. Sabe aumentar el poder de sus ojos mediante el telescopio que le permite acortar las distancias que lo separan de los astros para observarlos y estudiarlos, y del microscopio, por el que puede ver, hasta en sus menores detalles, a seres infinitamente pequeños, como los microbios.

El hombre puede recorrer los pueblos de la tierra sobre el lomo del caballo, en el asiento de los trenes, a bordo de los buques o en las modernas máquinas que surcan el espacio.

Trasmite su palabra a largas distancias por medio del telégrafo y del teléfono; puede conservarla en el fonógrafo, y sabe llevar el pensamiento humano de un extremo a otro del mundo con una rapidez sorprendente.

El hombre es el amo de la tierra, no porque sea el más grande, sino porque es el más inteligente de todos.



TODOS ARGENTINOS

Es la hora de recreo y Javier se encuentra en un grupo de chicos que discuten. Por la estatura parece que son de grados superiores.

—¡Bah! — dice uno. — Podéis asegurar que esto no vale nada comparado con mi pueblo, Tucumán. Allí hay frutas tan ricas y tan abundantes, que los pobres no tienen que trabajar para comer. Y además, caña de azúcar y todas las cosas mejores que tiene la naturaleza.

—Pero no hay tantos ganados como aquí, en Buenos Aires — objetó uno.

—Ni tanto trigo como en Santa Fe — agregó un santafecino.

—Ni falta que nos hace nada de eso. ¡Ah! Y la independencencia de nuestra patria se juró y proclamó en Tucumán.

—¿Y dónde me dejáis a Mendoza? — preguntó un mendocino. — Allí se preparó el ejército libertador. Y en cuanto a riqueza de frutos no digamos: aquello es como un gran jardín. Sólo con sus uvas puede llenar de vinos excelentes la República.

Un entrerriano replicó:

—Decís esas cosas porque no conocéis Entre Ríos. Hay que navegar por el Uruguay y el Paraná para enterarse de lo que es bueno.

El maestro que oía cómo cada uno ponderaba su provincia se acercó al grupo y dijo:

—Pues si cada una de esas poblaciones que decís y otras que no se han nombrado son ricas y hermosas, ¡calculad cómo serán todas juntas que forman nuestra patria haciéndola variada, rica y noble! Tucumanos, bonaerenses, entrerrianos, mendocinos, riojanos, todos debemos tener un orgullo común: el de ser argentinos.

INDICE

| | <u>Págs.</u> |
|---|--------------|
| 1. Rayito de sol | 7 |
| 2. La hora de levantarse | 9 |
| 3. El hombrecito de la casa | 11 |
| 4. Madre y mamá | 13 |
| 5. Los propósitos de Javier | 14 |
| 6. El jefe de la familia | 16 |
| 7. Canción al sol | 18 |
| 8. Primer día de clase | 20 |
| 9. La hora de la comida | 22 |
| 10. Horas plácidas | 24 |
| 11. La calumnia | 26 |
| 12. La glotonería de Javier | 27 |
| 13. La cebolla y el nabo | 29 |
| 14. El traje de Arlequín | 31 |
| 15. Horas familiares | 33 |
| 16. La campanita de mi escuela | 35 |
| 17. El Otoño | 37 |
| 18. El barrilete que quiso ser libre | 39 |
| 19. La bandera de mi Patria | 41 |
| 20. El 25 de Mayo | 43 |
| 21. Méritos reales | 45 |
| 22. El regalo | 47 |
| 23. El racimo de uvas | 49 |
| 24. Flores de nuestra historia | 51 |
| 25. El cuidado de los ojos | 53 |
| 26. El deber de ayudar | 55 |
| 27. A la escuela (José Echegaray) | 57 |
| 28. Una fábula oportuna | 58 |
| 29. La alegría de la canción | 60 |
| 30. Los deberes ante todo | 61 |
| 31. Oración a la Patria | 63 |
| 32. Pompitas de jabón | 64 |
| 33. Invierno | 66 |
| 34. Manuel Belgrano y nuestra bandera | 67 |
| 35. Los bolsillos | 69 |
| 36. Una conversación sobre el sapo | 71 |
| 37. La sandía | 73 |
| 38. Primavera | 75 |
| 39. El nido | 76 |
| 40. El quebracho | 78 |

| | | |
|-----|--|-----|
| 41. | Elogio de las manos | 80 |
| 42. | El alma de una semilla | 82 |
| 43. | El trígala | 83 |
| 44. | La voz de los animales | 85 |
| 45. | Lana y algodón | 87 |
| 46. | Los diez servidores | 89 |
| 47. | La canción del telar (Enrique E. Rivarola) | 91 |
| 48. | El amigo de los niños | 93 |
| 49. | El globo | 95 |
| 50. | En el jardín | 97 |
| 51. | Las flores | 99 |
| 52. | Un día de campo | 101 |
| 53. | Ruidos conocidos | 103 |
| 54. | Atolondramiento | 105 |
| 55. | El inventor del chocolate | 107 |
| 56. | El invernáculo | 109 |
| 57. | En la carpintería | 111 |
| 58. | Juguetes de madera | 113 |
| 59. | En la herrería | 115 |
| 60. | Los cantores de las selvas | 117 |
| 61. | La canción del herrero | 119 |
| 62. | Los árboles | 121 |
| 63. | La higiene de las manos | 123 |
| 64. | La alegría del trabajo | 125 |
| 65. | Un deber difícil | 127 |
| 66. | Canción del Verano | 130 |
| 67. | El que hace lo que puede | 131 |
| 68. | La lechuza | 133 |
| 69. | El oro | 135 |
| 70. | Aspiración cumplida | 137 |
| 71. | La señora higiene | 139 |
| 72. | El azúcar | 141 |
| 73. | Colón y el descubrimiento de América | 143 |
| 74. | La unión hace la fuerza | 145 |
| 75. | Fraternidad | 147 |
| 76. | Utilidad de los pájaros | 149 |
| 77. | El amor a la belleza | 151 |
| 78. | Poder de la inteligencia | 153 |
| 79. | Todos argentinos | 155 |

